

ARABIA. — Palacio del sultan de La Hadj. (Pág. 66).

TURQUIA.

CONSECUENCIAS PARA LA RELIGION DEL DESENLACE DE LA CUESTION BÚLGARA.—SITUACION DE LAS DIVERSAS COMUNIONES CRISTIANAS.—CONVERSIONES.

Los acontecimientos políticos que se van cumpliendo en Oriente tienen una gravedad incontestable respecto á nuestras Misiones: así es que nos apresuramos á publicar esta carta que desde Constantinopla nos escribe el 6 de febrero último un personaje á quien su posición y su elevada inteligencia le permiten juzgar con un golpe de vista certero lo que pasa en la península de los Balkanes.

I.

Por un reciente convenio, el Sultan nombra valí de la Rumelia oriental al príncipe Alejandro. Este acto es ciertamente poco grato al Gobierno ruso; pero muy fausto para los intereses católicos, pues cuanto más disminuye la influencia de Rusia en las poblaciones cristianas de la península balcánica, más fácil es la propaganda religiosa.

Los últimos acontecimientos han acrecentado el odio y aversión entre las dos razas, búlgara y griega. El elemento helénico se cree seriamente amenazado por la union personal de la Rumelia oriental con el principado de Bulgaria.

El patriarcado griego ha estigmatizado el cisma búlgaro con el nombre de *philetismo*, expresion desconocida hasta hoy por los santos Padres, y eso con el único objeto nacional de aislar á los búlgaros y de desacredi-

Año VII.—N.º 149.

tarlos como *cismáticos* entre el gran mundo de los cristianos de Oriente. Los rayos del Phanar, empero, no han producido efecto alguno; antes bien han dado más vivo impulso á la formacion de la nacionalidad búlgara. La historia se repite: en los pasados siglos el elemento búlgaro debilitó, tras repetidos asaltos, el imperio bizantino; aun hoy el elemento búlgaro juega el más importante papel en la cuestion de Oriente. La Iglesia griega, en vez de lanzar impotentes anatemas, hubiera debido iniciar negociaciones con la Santa Sede á fin de llegar á una inteligencia y entrar en la grande y poderosa Iglesia de Occidente: sólo de esta manera hubiera introducido el desconcierto en el campo de la nacion búlgara y hasta de la nacion rusa. Muchos personajes distinguidos entre los griegos han tenido esta idea, y el Ilmo. Rotelli, delegado de la Santa Sede en Constantinopla, oportunamente tendió la mano al patriarca griego y por su medio á toda la nacion helénica; pero sólo con cumplimientos y frases de cortesía se respondió al acto eminentemente político del representante de Su Santidad.

El Sr. Tricoupi, mejor que todos sus compatriotas, habia comprendido el alcance de la iniciativa que tomó el Ilmo. Rotelli, pero los altos personajes, tanto eclesiásticos como laicos, de la nacion griega, por desdicha no han mostrado las buenas disposiciones necesarias para realizar una obra que habia de corregir la falta cometida por Focio. Sin embargo, la ocasion no está completamente perdida. El elemento búlgaro es cada vez más amenazador contra el helenismo; y no con sus fuerzas materiales y su escuadra salvará Grecia su exis-

15 Marzo 1886.

tencia, sino por una sabia política, en la que podrá inspirarse estudiando con imparcialidad la historia de su Iglesia. Necesita una alianza eclesiástica; y el trono que se engalana con el título de *Ecuménico* no puede sostenerse si no busca un apoyo en el centro del Cristianismo, en la Iglesia romana.

II.

Casi el mismo razonamiento tenemos que hacer respecto al elemento armenio, uno de los tres elementos más importantes del Oriente. La Iglesia armenia no unida, llamada gregoriana, sufre una lenta disgregación. El slavismo ruso la ha desmembrado ya considerablemente en Rusia, y no deja de correr peligro en Turquía.

Sin apoyo, la Iglesia armenia no podrá resistir el choque del esclavismo moscovita, y con su Iglesia estará igualmente comprometida su nacionalidad. El patriarcado armenio católico, aunque al presente numéricamente inferior á los otros tres, presenta por su unión con el Vaticano condiciones más sólidas de existencia.

Se ha dicho y repítese á menudo que en su gran mayoría la Iglesia armenia no unida volverá á Roma, mientras que una pequeña minoría se dará al protestantismo. Los acontecimientos empiezan á justificar esa apreciación. Las conversiones al Catolicismo han redobrado este último mes en la provincia del Ponto. Amasia, Marsivan y muchos pueblos del mismo distrito han visto más de cien familias armenias ó gregorianas volver al verdadero redil. Los protestantes si hacen alguna brecha en el seno de la nación armenia es merced á sus recursos materiales, al lujo de sus Misiones y á sus promesas seductoras.

¡Cuán provechosa sería la union en masa de la Armenia con la Iglesia católica! Por sus cualidades y aptitudes especiales, ocuparía entonces el primer lugar en Oriente. Pero ¡ay! lo mismo que la Iglesia y la nación griega, la Iglesia y la nación armenia, minadas por las mismas causas intrínsecas y extrínsecas, parecen condenadas á lenta y progresiva disolución, y sólo sobre ruinas, si no se apresuran á entrar en la unidad, vendrá el Catolicismo á levantar poco á poco las antiguas Iglesias y los Obispos de Oriente.

III.

Terminaremos con una breve crónica eclesiástica.

El sínodo armenio, presidido por el Ilmo. Azarian, para la elección de los titulares de las dos sedes vacantes Brussa y de Egipto, ha terminado sus sesiones. Estaban presentes los arzobispos y obispos de Malatia, Trebisonda, Angora, Much y Croya.

El Ilmo. Korkoruni, arzobispo de Malatia, que en veinte y cinco años, con un celo admirable, ha creado su diócesis compuesta exclusivamente de convertidos del cisma armenio, y que hizo antes de la apertura del Sínodo, una corta excursión á Roma y Lyon, se prepara á volver á su ciudad metropolitana á pesar de los rigores del invierno. El Ilmo. Marmarian, obispo de Trebisonda, tampoco tardará en restituirse á Marsivan, ciudad que es el centro de un gran movimiento de conversiones desde que el Ilmo. Azarian obtuvo un firman imperial para el Rdo. Asgian, uno de sus antiguos secretarios, que está al frente de las Misiones de Amasia y de Marsivan.

Otra buena noticia es la obtención del firman de la Iglesia de Belen solicitado en vano de dos años á esta parte por Dom Belloni, y que ahora el Ilmo. Azarian ha recabado interponiendo su influencia con el gran visir.

TUNG-KIN ORIENTAL.

FIN DE UN MISIONERO: PIEDAD DE LOS INDÍGENAS.

El P. Gregorio Carbajo, de la Orden de Predicadores, escribe á su Padre provincial desde Nam-Am el 20 de agosto de 1884:

Muy amado y venerado Padre nuestro: Con motivo de haberme colocado la obediencia en este partido de Nam-Am, y en vista de que ya hace algun tiempo que no escribo á V. R., hoy tomo la pluma para dirigirle esta relacion, aunque corta, en verdad, porque todavía no he podido enterarme de muchas cosas.

Desde que llegué al Tung-kin, en mayo último, hasta el presente, cada día me he ido convenciendo más y más, por la propia experiencia, del afecto verdaderamente filial que estos neófitos profesan al Padre misionero. Pero donde lo he visto de una manera patente y admirable, ha sido con motivo de la sentida é inesperada muerte de mi digno compañero y excelente religioso, el difunto P. Lucas, que Dios tenga en su santa gloria. Ha sido, en verdad, un caso poco frecuente en la Mision; pues hacia ya quince años que no moria aquí ningun misionero: y esto ha contribuido, sin duda, á impresionar más tristemente á estos sencillos cristianos, aun prescindiendo de las cualidades personales del finado, que se habia granjeado el aprecio y el amor de todos, sin distincion de clases, estados ni personas.

El P. Lucas contrajo una enfermedad por la cual, segun dicen los ancianos, debe pasar todo europeo más ó menos tarde: consiste en que especialmente en los meses de junio y julio, adquiere un tabardillo, efecto de alguna insolacion, que le obligue, por lo menos, á pasar algunos dias en cama. Así, en efecto, le sucedió á nuestro llorado P. Lucas; pero se apoderó de él con una fuerza desde el principio, que, durante toda su enfermedad, tenia la cabeza como un volcan. Los síntomas fatales se le presentaron el día despues de san Juan: al siguiente se presentó en la vicaría con el P. Félix, que tambien venia algo enfermo. Aquí los cuidamos lo mejor que nos fué posible. El P. Félix apenas mejoró nada: no así el Padre Lucas, quien, al parecer, se encontraba bastante mejorado, hasta el punto de que el día 28 ya pidió alimento.

Ocurría que en aquel entonces el Padre vicario se hallaba ausente, pues lo habian llamado para administrar á un enfermo bastante distante, y precisamente aquel mismo día tuve yo que administrar el santo Viático por primera vez. Concluida esta sagrada funcion, y pasado un corto espacio de tiempo desde que el P. Lucas habia tomado el alimento, de repente se quedó privado del habla. Y, si bien al principio articulaba alguna palabra; mas nada se le podia entender, viéndose precisado á pedir por signos y gestos la santa Uncion. Por fin me determiné á administrársela con gran dolor de mi alma, pero con indecible consuelo del enfermo, que no cesaba de besar con edificante devocion el santo Crucifijo y una imágen de san José, que le presenté. Al poco rato llegó el Padre vicario; pero tampoco pudo comprender nada de lo que queria decirnos con los signos,

que de vez en cuando hacia. Se le dió papel y pluma para escribir; y unos garabatos fueron el testamento, que nos dejó, continuando así, sin apenas podernos comunicar nada. Recuerdo, que al abrazarnos al Padre vicario y á mí juntamente, nos dijo estas palabras, que pudimos comprender: «¡A Dios, hasta la eternidad!»

Por lo que exteriormente aparecía, debió sufrir mucho, pero todo con una paciencia admirable, sin quejarse jamás de sus padecimientos. A los pocos días se le administró el santo Viático: y, por fin, al verlo desahuciado de todos los médicos anamitas, hicimos el último esfuerzo, trasladándolo á Hai-Pahong. Nada empero se consiguió con ssto, como no sea el prolongarle algunos días la vida y con ella los sufrimientos: y en la noche del 21 de julio abandonó este valle de miserias, sin más agonía, movimientos ni agitación, que tres suspiros algo más fuertes que lo ordinario; pero quedando como quien duerme un sueño tranquilo. Dichoso él, que tuvo la suerte y la felicidad de morir entre sus hermanos, y como un misionero verdaderamente celoso y activo; pues de tejas abajo este celo y esta actividad fueron la causa de su enfermedad y de su muerte. *Consummatus in brevi*, muerto á la edad de treinta y dos años incompletos y víctima de la caridad y celo por la salvacion eterna de las almas, redimidas con la sangre inmaculada del Cordero, bien podemos creer que el divino Jesús le habrá recompensado el sacrificio, que le hizo, de su vida temporal con las delicias inefables de la gloria eterna. Esto, sin embargo, no impide el que nosotros lloremos amargamente la pérdida de un joven misionero, en quien esta Mision tenia cifradas sus más bellas esperanzas. Sólo nos consuela el que desde el Cielo abogará, sin duda, por nosotros.

Decia antes á V. R. que, con motivo de la muerte del P. Lucas, habia visto patentizado el afecto tierno y filial que estos túnquinos tienen á su Padre misionero. En efecto, por lo que voy á referir verá V. R. comprobada plenamente esta afirmacion. Ya, durante su enfermedad, no cesaban de rogar por él, viniendo á visitarlo de todos los partidos, muy especialmente del que él administraba, y llorando ya de antemano con sólo pensar en la imposibilidad de su muerte. Veamos ahora lo que sucedió, cuando este temido acontecimiento fué ya una triste realidad.

Preparado de antemano el ataud, poco despues de espirar lo subieron á la vicaría. Yo me hallaba solo en este partido cuando recibí la infausta nueva de que el cadáver estaba ya allí: y, francamente, no pude menos de echarme á llorar como un niño, al ver que tan pronto comenzaba á presenciar escenas de esta naturaleza. Sólo me sosegué algún tanto, al reflexionar que Dios así lo habia dispuesto. Nos preparamos, pues, para hacerle las exequias del mejor modo posible: y el Padre vicario, un Padre anamita y yo salimos en procesion á buscar el cadáver. Cuando llegámos, todo estaba lleno de cristianos é infieles, que á porfía lloraban, sin podernos entender con tanta algarabía de lloros y llantos. Al fin, lo trasladamos, como pudimos, á la iglesia, cantando los salmos y una vigilia con el auxilio de los estudiantes. Era esto á las ocho de la mañana del día 22, y lo dejámos depositado allí hasta el día siguiente.

Durante este intermedio, no se dejaba oír otra cosa que los lamentos de los cristianos, que lloraban sin consuelo á su querido Padre, é interrumpidos solamente por el rezo de rosarios que ofrecian en sufragios por

su alma. Pero no fué esto sólo. Desde entonces hasta despues de algunos días, en que subimos á Nam-Am, no cesaron de pedir misas y vigiliass por el alma del difunto Padre. No puedo recordar bien el número de las que celebrámos en Lien; pero solamente en Nam-Am, partido que administraba el finado, subieron á más de ciento las vigiliass y misas cantadas, sin contar las rezadas. Y aun estando yo ya solo en este partido, he tenido que celebrar algunas, y hasta ofrecidas ó pedidas por infieles; pues todos querian y apreciaban mucho al difunto P. Lucas. Baste decir, que no ha dejado de venir á Nam-Am ni un solo partido de los cristianos, sin contar muchos infieles, mandarinetes y familias particulares, manifestando todos el gran sentimiento que les habia producido la muerte de su apreciado Padre.

Volviendo á los funerales, al día siguiente celebrámos la Misa solemne de *Requiem*: concluida la cual, esperámos un momento, porque el ilustrísimo señor Vicario apostólico, que acababa de llegar, queria officiar de pontifical en el entierro, como lo verificó asistido por nosotros. Pero no concluyeron ni cesaron con esto, sino que continuaron, como antes, los llantos y rezos del Rosario de los cristianos, aun despues de sepultado el cadáver. Especialmente cuando, concluidos todos los actos religiosos del entierro, llegaron los discípulos queridos del difunto... ¡Oh! ¡qué escena tan tierna y conmovedora aquella! Allí hubiera visto V. R. á aquellos jóvenes alumnos llorar amargamente y con tan profundo sentimiento, como si hubieran perdido el mayor bien, que pudieran obtener en este mundo. Y era, que ni siquiera podian tener ya el consuelo de conducir sobre sus hombros, como ellos deseaban, el cadáver de su amado Padre y Maestro, y sólo les era permitido mirar el exterior del sepulcro, que les ocultaba ya para siempre al que amaban con tan tierno y filial cariño. Hay escenas en la vida del hombre, que se podrán imaginar y comprender; pero nunca expresar con palabras de una manera adecuada á la realidad: una de estas es lo acaecido con la muerte del P. Lucas. Aun en los días siguientes á aquel en que tuvo lugar el entierro, la gente vestia luto público y espontáneo y lloraba más y más la pérdida de su amado Padre. Escena triste, es verdad; pero tambien altamente consoladora.

Por lo demás, despues de dejar pasar algunos días y dar tiempo á que se calmase algun tanto el sentimiento público, el Padre vicario y yo subímos á Nam-Am con el principal objeto de ver si podría yo quedarme en sustitucion del difunto. En esto el P. Félix salió para Hong-kong, y el señor Vicario apostólico bajaba á Hai-Phaong; el cual fué de parecer, que me quedase aquí, porque no era conveniente abandonar el colegio. Y en efecto, subímos con no pocos rodeos y salvando no pocos peligros, provenientes de los muchos ladrones y gente desalmada que pulula por estos contornos; y despues de cruzar varios rios llegamos á Xuan-Lai. Despues de descansar un momento en este punto, continuámos nuestro camino á pié hasta pasar otra via, despues del cual encontrámos á Don-Xuyen, á donde llegámos en paz, sí, pero todos mojados como una sopa, porque nos cogió una tempestad en medio de una laguna, y no hubo más remedio que sufrir y recibir la lluvia hasta que cesó; pues nuestro barquichuelo era una miserable tabla, un poco arreglada, para que no se fuera á fondo, y nada más. En seguida nos metimos en una laguna, para bañarnos en toda regla, á fin de evitar las consecuencias de la mojadu-

ra ; pero esta precaucion no le sirvió al Padre vicario, quien no pudo evitar un fuerte constipado. Allí pasamos la noche ; y al dia siguiente á la hora más inesperada llegamos al pueblo, término de nuestro viaje.

Ya estamos en Nam-Am ; ya todos me llaman el rector : y... ¡ pobre de mí ! yo sólo aspiraba á estudiar el idioma y servir de simple misionero, y que me dejaran sin este cargo de enseñar á otros. Pero, hijo de la obediencia, no tengo más que obedecer y estar dispuesto á todo lo que los superiores ordenen. Los primeros dias de nuestra estancia en Nam-Am los pasamos presenciando las mismas escenas que en Lien, es decir, visitas y más visitas de unos y de otros, recordando en todas ellas los favores y beneficios que les dispensaba el difunto : pues tanto los cristianos como los infieles, reco-

tanto, no puedo aún hacer todo lo que yo quisiera. Dios y la Virgen santísima me ayuden, para no desmayar en este camino : pues sólo en ellos pongo toda mi confianza.

Como quiera que todavía no puedo estar al corriente de las costumbres del país, me comunico con frecuencia con el Padre vicario, y de vez en cuando procuraré bajar ya para que me instruya, ya para confesarme. Aún no he podido bajar la primera vez, y yo tengo una porcion de cosas que decirle y consultarle.

Bien quisiera enviar á V. R. una relacion acerca de este partido ; pero no puedo verificarlo, porque aún no estoy bien enterado. Sólo diré á V. R., que estos cristianos son muy dóciles y me agradan sobremanera. Y, si bien este pueblo se halla entre dos, cuyos habitantes son



KUANG-SI (China). — Partida de Kuy-hien en palanquín. (Pág. 87).

nocian y publicaban, que más de una vez debieron la salvacion de sus haciendas y de sus vidas á la decidida y caritativa intervencion del P. Lucas.

Aquí tambien celebramos, del mejor modo que pudimos, la fiesta de nuestro santo Patriarca, que se redujo á cantar la misa el Padre vicario y pronunciar el panegírico del Santo un Padre anamita. Despues cantamos aún algunas misas por el alma del difunto. Entretanto yo me iba enterando, y el Padre vicario me instruia en lo relativo á mi nuevo cargo, hasta que, al fin, me entregó las llaves y el 8 de agosto me dejó solo. Gracias á Dios, hasta ahora sigo sin novedad, contento y cuidando, como puedo, de este colegio ; por más que mis verdaderas ansias son aprender el idioma ; pues aunque ya me entiendo con estos naturales, no puedo aún, sin gran dificultad, seguir una conversacion continuada, y por lo

aún infieles en su mayoría, no obstante, por su parte, no tenemos el menor peligro ni cuidado. Tenemos una iglesia muy bonita, de las mejores del Tung-kin, y bastante capaz. Sin embargo, se llena completamente en algunas festividades, como la que tuve el gusto de celebrar el dia de la Asuncion de la Virgen. Los estudiantes cantaron la mejor misa que tenian, y yo por mi parte hice cuanto pude para dar á la fiesta el realce y solemnidad mayor posible, predicando en ella uno de los Padres indígenas, que tiene este partido. La procesion no pudo realizarse porque, si bien todo estaba preparado, el tiempo se presentó lluvioso. Por lo demás, quedé altamente satisfecho y gozoso, al ver el fervor cristiano y la devocion á la Virgen santísima de estos sencillos neófitos, quienes desde la tarde de la víspera se esmeraron admirablemente en ir á la iglesia á rezar y practicar las

visitas acostumbradas, para ganar las muchas indulgencias concedidas por los Sumos Pontífices.

Iba ya á poner fin á esta carta, que, me parece, ha salido algo extensa; pero no me decido á ello, sin decir á V. R. alguna cosa acerca del órden y régimen interior que tienen estos estudiantes de latin; pues me agrada mucho y contribuye en gran manera á que yo apenas tenga que decirles nada: bien es verdad que ellos, dóciles y obedientes, se esfuerzan en observarlo con una puntualidad y exactitud, que avergonzaria á muchos estudiantes europeos.

Se levantan por la mañana á las cuatro en punto, llamados por uno de ellos primero y despues por la campana. En seguida comienzan sus ejercicios espirituales, consistentes en el rezo de una parte del Rosario y otras devociones, hasta las cinco en que el Padre Rector les dice la Misa en su oratorio muy bien adornado. Concluida la misa, siguen rezando hasta las seis, en que toman el desayuno, consistente en un poco de agua hervida con unos vegetales, que les gustan mucho. A las siete tienen la cátedra de la mañana que dura dos horas, y para la cual se dividen en tres clases. A las nueve otra vez á estudiar hasta las diez y media, en que el encargado los convoca con la campana, para rezar el Rosario: esta parte la rezan en latin. A las once la campana los convoca á comer, leyendo uno de ellos el venerable Rodriguez durante la comida. Concluida ésta, se les da un rato de recreo. A las doce se toca á silencio y á dormir hasta la una y media en que se levantan, y se dedican á leer unos á escribir

otros. A las dos y media la campana los convoca otra vez para la cátedra de la tarde: concluida la cual, tienen ejercicios de canto. A estos sigue la cena, despues de la cual se les da un rato de paseo hasta las seis en que rezan la última parte del Rosario, y despues de un rato de descanso, vuelven al estudio hasta las diez de la noche. A esta hora repiten los ejercicios espirituales de la mañana, y á las diez y media todos se van á descansar hasta el día siguiente. Así pasan los días estos alumnos con pocas variaciones. Los sábados no tienen clase y se dedican á prepararse para confesarse: si bien por la tarde se dedican á ejercicios de aritmética y alguna otra cosa; á lo cual pienso yo añadirles algo de geografía, puesto que tengo una esfera y algunos mapas. Este órden y régimen lo tienen escrito y puesto en un cuadro á la vista de todos.

En fin, Padre nuestro; nada falta para asemejarse, en cuanto cabe, á nuestros colegios de España, hasta en la Letanía y Salve, que cantan los sábados. Cuando los oí por primera vez, me creí trasportado á aquellos dichosos tiempos de Ocaña y Ávila. Por aquí comprenderá V. R. cuánto me gusta estar aquí, no menos que el fervor religioso y la sencillez de estos neófitos tunquinos. Y es que en todas las cosas se practica casi lo mismo. Apenas se encontrará un cristiano que no rece el santo Rosario; y las mujeres, niños y demás, que asisten á la iglesia, lo rezan entero diariamente. Y lo mismo sucede en los barcos de cristianos. Es cosa sabida: en todas partes está el Rosario, para rezarlo la familia, al menos por la noche.

Dispense V. R. una molestia tan prolongada. Mi propósito no era más que participarle mi estado y situación por estos apartados rincones del mundo; y ahora veo, que me he entretenido demasiado en mis relatos ó historias. De ellas sacaré V. R., que estoy contento, gracias á Dios. Para más adelante pienso trasladar los restos de los mártires, que están sepultados fuera de la iglesia. Entonces, tal vez, pueda remitirle alguna relacion más completa. Entre tanto se encomienda á sus oraciones y sacrificios el último de sus súbditos.



Ilmo. Lyons, obispo de Basilita, vicario apostólico de Kuy-tcheu. (Pág. 86).

TUNG-KIN MERIDIONAL.

MARTIRIO PROLONGADO.

No es otra cosa la vida de los misioneros cristianos en esta parte del mundo, sobre todo desde que empezó allí la guerra con los franceses.

Buena prueba de eso suministra la carta escrita á el *Univers* por un Padre misionero, de la que tomamos los siguientes párrafos:

UN solo hecho dará á Vds. idea de la ferocidad de nuestros enemigos. Los vecinos de la aldea cristiana de Bac-nham, para librarse del furor de los rebeldes y poder resistirle, se refugiaron al pié de una roca que contiene gran número de cuevas, y construyeron un parapeto de tierra en torno de la roca.

Los refugiados, en número de 600 próximamente, no disponian más que de 250 hombres capaces de llevar las armas, que eran en junto ocho fusiles y algunas lanzas.

El 14 de noviembre vinieron á sitiarnos 2,000 rebeldes provistos de fusiles y cañones. Nuestros cristianos lograron durante dos días mantenerles á distancia, pero perdieron 10 hombres, más 20 gravemente heridos que quedaron fuera de combate. Los sitiadores, para concluir en breve, rodearon la roca con una fuerte empalizada, resolviendo quemar á nuestros neófitos. Todos

los paganos de los alrededores, hombres, mujeres y niños amontonaron al pié de la roca, paja, leña y toda clase de combustibles, prendiendo en seguida fuego.

Nuestros cristianos estaban encerrados en las cuevas á 10 y 15 metros debajo del suelo. Para que el humo penetrase más facilmente en las cuevas, los monstruos se valian de largas varas á cuyo extremo ponian paja encendida, recurso infernal de que estuvieron valiéndose durante cinco días. Los sitiados, sofocados entre nubes de humo, apenas tenian agua para refrescar sus abrasadas fauces.

La situacion no podia ser más crítica. Ocho cristianos resolvieron abandonar sus guaridas para proponer las bases de la capitulacion, y en el momento de presentarse ante los sitiadores fueron decapitados por éstos. Más tarde una pobre mujer que se moria de sed, decidióse á bajar con su hijo de 10 años, y tambien fué degollada implacablemente contra la costumbre generalmente observada en Anam, de respetar la vida de las mujeres y de los niños. El de diez años, herido de un sablazo que le cortó la mejilla desde la oreja hasta la boca, cayó al rio lleno de agua y de cieno.

A Dios gracias, dos sacerdotes anamitas estaban con nuestros neófitos para consolarles, confesarles y exortarles á morir con valor.

La noticia de la situacion desesperada en que se encontraban nuestros hermanos, llegó al fin á nuestra residencia. A toda prisa se organizó una columna fuerte de 300 hombres escogidos para hacer levantar el sitio á todo trance. Uno de mis compañeros, el P. Klinger, les acompañó para sostener el valor de los libertadores y morir con ellos en caso de necesidad. Llegados al teatro de los acontecimientos, era preciso abrirse paso hasta la roca por entre 2,000 hombres que la sitiaban. Sus gritos, más que feroces, unidos al ruido ensordecedor de un centenar de tambores, ponía espanto en los corazones más esforzados.

Largo sería contar las peripecias de la sangrienta lucha.

Delante de la roca habia una serie de campos cuajados de espinos, tras de los cuales se resguardaban los paganos. Gracias á algunos buenos fusiles, y gracias, sobre todo, á la sangre fria de nuestros hombres, los enemigos despues de una lucha larga y encarnizada, se vieron obligados á retroceder de trinchera en trinchera. El desórden empezó á cundir en sus filas, y lanzados de sus últimas posiciones, huyeron, dejando sobre el terreno más de 60 muertos.

Derrotado el enemigo, era necesario escalar la roca y subir hasta las cuevas en que se guarecian tantas víctimas, pero todas las piedras, gracias al fuego, se habian convertido en carbones encendidos. En esto empezó á caer una lluvia abundante, gracias á la cual el fuego se apagó refrescándose el suelo.

Al fin, salvadores y salvados pudieron verse y abrazarse. Indescribible la escena. Las víctimas, escapadas de una muerte casi segura, reian y lloraban á la vez.

Uno de los hombres que iban con los libertadores era precisamente el marido de la mujer que, como he dicho antes, habia sido implacablemente degollada, y el padre, por lo tanto, del niño cuyo cuerpo yacia en el rio entre agua y cieno. Pero ¡oh dichosa sorpresa! el niño respiraba todavía: su herida no era mortal.

Tales son los detalles que tomo de una carta del P. Klinger, testigo ocular.

Renuncio á consignar los desastres en todos los puntos de nuestras Misiones. Las cifras son más elocuentes. Prescindo de las localidades con las que estamos totalmente incomunicados.

Hé aquí cuál era antes del 14 de este mes el balance de nuestras pérdidas: Seiscientos cristianos próximamente degollados y más de noventa y cinco aldeas quemadas y saqueadas.

Tales eran, repito, nuestras pérdidas antes del 14. Al comenzar esta carta ignoraba toda la extension de nuestras desgracias. Hoy mismo acabo de saber que la parroquia de Lang y la mision de Laos, de que no teníamos noticia hace tiempo, han desaparecido; que el P. Satre, herido el 3 de diciembre en una salida, murió el 5; y que en los días siguientes, dos sacerdotes indígenas que estaban con él, un diácono y diez y siete catequistas, fueron degollados en compañía de otros 1,000 cristianos, 600 de cuyos cadáveres fueron literalmente destrozados.

Véase á lo que ha quedado reducida la Mision del Tung-kin meridional.

Como consecuencia de todos estos inenarrables desastres, en nuestra residencia hay más de 600 cristianos hambrientos á quienes no tenemos que dar otra cosa que arroz.

VIAJE POR EL KUANG-SI Y EL KUY-TCHEU.

Ahora que en Europa se habla tanto de la China, parécenos oportuno publicar este viaje de uno de los más antiguos misioneros de aquel país, el Rdo. Chouzy. Con nociones geográficas del mayor interés, nuestros lectores encontrarán en este relato completísimos y preciosos detalles acerca el carácter de los chinos, acerca de las costumbres y la manera de vivir de los habitantes del Celeste Imperio.

VIAJE DESDE LA CIUDAD DE KUY-HIEN (KUANG-SI) Á KUY-YANG, CAPITAL DEL KUY-TCHEU.

(Marzo á junio de 1881).

HABIA yo ejercido durante siete años el santo ministerio en Kuy-tcheu, esperando que circunstancias más favorables me permitiesen entrar en el Kuang-si; allí el vicario apostólico Ilmo. Lyons y los compañeros de la Mision me dispensaron una hospitalidad capaz de hacerme olvidar los rigores de mi destierro; me habia aclimatado ya y conocia las ventajas de la libertad relativa que gozan los misioneros. Despues de sufrir mucho los primeros años, me hallaba ya perfectamente, y tenia cierto apego al país, sobre todo desde que se manifestaba en él un movimiento hácia nuestra santa religion.

En esto tuve que abandonarlo todo para entrar en el Kuang-si, cuyas puertas se abrian por fin á los misioneros, y ejercer en adelante mi apostolado en un terreno enteramente nuevo. No referiré aquí los sufrimientos de todo género que me aguardaban en ese país, hasta el presente obstinadamente cerrado al Evangelio. Todo estaba por hacer, y tenia que luchar además con la mala voluntad de los mandarines y las prevenciones del pueblo.

Encontrábame en el Kuang-si, en la ciudad del Kui-hien, donde hacia un año se me trataba y vigilaba como si fuese un prisionero, cuando las circunstancias me llamaron al Kuy-tcheu. Apresuré la partida con el in-

tento de que pudiese llegar á Kuy-yang-fu, capital del Kuy-tcheu, en la época de los ejercicios que habian de reunir á todos los compañeros al rededor de su Vicario apostólico. El día 24 de marzo fué el fijado para mi partida.

Como el país que iba á recorrer es casi desconocido de los europeos, me hice un deber de observar mucho y tomar notas. Lo que tengo, pues, el gusto de ofrecer á los lectores de *Las Misiones católicas* es fruto de mis observaciones y de las noticias recogidas. Aunque mi especial objeto era estudiar los países que recorría, desde el punto de vista de las esperanzas de evangelización que ofrecen, no he descuidado la parte geográfica y etnográfica. Conservo á mi relato la forma de diario, lo que si bien tiene el inconveniente de poner con harta frecuencia al autor en escena, le permite entrar en todos los pormenores que son necesarios para dar una idea verdadera y completa de los lugares, de las personas y de las cosas. Añadiré que mi primer cuidado ha sido, como corresponde á un misionero, la más escrupulosa exactitud.

A pesar de las inevitables imperfecciones de una redacción incesantemente interrumpida por las ocupaciones de mi ministerio, puede que esas notas no carezcan de interés para mis compañeros llamados á trabajar en esa porción del Padre de familias, y aún para los aficionados á geografía, para los que aman las Misiones y se complacen en ver romperse cada vez más el velo que todavía oculta ciertas regiones á la investigación europea y cristiana, en la persuasión de que hacerlas conocer, es preparar la hora en que el universo entero estará reunido bajo el cayado de un solo Pastor.

PRIMERA PARTE.

DE LA CIUDAD DE KUY-HIEN Á LA FRONTERA DEL KUY-TCHEU.

(Marzo-Abril de 1881).

I.

DE LA CIUDAD DE KUY-HIEN Á LA DE KUY-TCHEU.

Desde Kuy-hien á Kuy-yang, capital del Kuy-tcheu, que era mi objetivo, todo el trayecto habia de hacer por tierra y en palanquin. El palanquin en Kuang-si es una especie de jaula de unos 70 centímetros de ancho por 1 metro de largo y 1 metro 40 centímetros de alto. La armazón es de bambúes de una pulgada de grueso, unidos por lazos de bambúes, estando todo cubierto de papel aceitado, á fin de poner á los viajeros al abrigo de la lluvia. En el interior hay un asiento con cojines; y aberturas á los lados y al frente, con cortinas de papel aceitado, que se pueden cerrar á voluntad. El palanquin está dispuesto de manera que á cada lado puede adaptarse un bambú fuerte que se fija sólidamente; y los extremos de las varas están unidos por un travesaño. Cuando no hay más que dos portadores, la manobra es fácil: uno se coloca delante y otro detrás; pero cuando son tres, el último queda solo, y los otros dos sujetan al travesaño delantero, por medio de una cuerda sólida y paralelamente á las varas, un palo de cosa de 1 metro y 20 centímetros de largo, descansando cada extremo en el hombro de uno de ellos.

Por la descripción que acabo de hacer compréndese que el sistema nada tiene de complicado, y es sobre todo

ligerísimo, cualidad apreciable cuando se trata de un largo viaje. A pesar de su poco agradable aspecto y de lo incómodo que es para el viajero, especialmente si éste es de talla algo elevada y en los calores del estío, hay que aceptarlo, pues en el interior de la China un europeo apenas puede viajar más que en palanquin si quiere sustraerse á la curiosidad indiscreta y á veces peligrosa del populacho, curiosidad contra la cual el traje chino, que visten los misioneros católicos, no es siempre bastante á garantizarles. En dicho vehículo, pues, tenia que ir al Kuy-tcheu, ó lo que es lo mismo, recorrer 160 leguas por lo menos.

Como á la sazón no habia en Kuy-hien portadores que supiesen el camino, los tomé solamente para Pintcheu, ciudad distante tres jornadas y que se encuentra en la gran vía central del Kuang-si al Kuy-tcheu. El salario de cinco hombres fijóse en 4'40 tael (unas 37 pesetas). Mi equipaje seguía al palanquin, llevado en hombros de la manera siguiente: los abrigos, trajes, libros, provisiones de boca, etc., se pusieron en cestos á razón de 30 libras uno: un hombre cuelga uno á cada extremo de un sólido palo de 1 metro 70 centímetros de longitud, lo levanta todo, aplica el hombro en el centro del palo, y emprende la marcha con la carga de 60 libras.

Partimos el 24 de marzo con un tiempo magnífico que sucedió á las lluvias de los días precedentes: dos satélites y dos soldados formaron mi escolta, mientras que una estafeta iba á comunicar al mandarín de Pintcheu la noticia de mi paso. Es de saber que á pesar de las reiteradas reclamaciones del Ilmo. Foucard, prefecto apostólico del Kuang-si, los mandarines de este distrito exigían á los misioneros que previniesen á las autoridades locales del objeto de su viaje y de su itinerario, y les imponían una escolta que, con pretexto de velar por su seguridad, les impiden con harta frecuencia comunicar con las poblaciones y ejercer su ministerio.

24 de marzo.—La primera etapa no habia de exceder de 60 lys (1) por un camino constantemente llano. Al cabo de 10 minutos habíamos transpuesto el barrio que se extiende más allá del campo de las ejecuciones, y desplegóse á la vista una llanura inmensa. Al principio se ven arrozales suficientemente regados, pero que naturalmente son aún incultos, puesto que el arroz se acostumbra á plantar en abril y mayo.

Cuando en mi relato hable de camino, engañaríase mucho quien se figurase una ancha vía, conservada con esmero, como las que surcan los países de Europa, ó siquiera como las que poseen algunas otras provincias de la China, como por ejemplo el Kuang-ton, el Kuy-tcheu y el Su-tchuen: con frecuencia no es más que un simple sendero, tolerable en la estación seca, pero atroz en tiempo de lluvia, tan angosto que un hombre y un búfalo no pueden pasar por él de frente, y que al encuentro de un palanquin los peatones tienen que apartarse á la cuneta ó al próximo arrozal.

En las vastas llanuras de ciertas comarcas, como en el Kuy-hien donde se sirven de carros tirados por búfalos, los caminos son por necesidad más anchos, aunque no mejor conservados, pero también mucho más irregulares cuando llueve. Es por cierto curioso ver esos carros de construcción primitiva adelantar lentamente por planos á veces tan desiguales, que entre las dos

(1) El lys chino es de unos 600 metros: 10 lys hacen una legua, que por consiguiente es de 6 kilómetros.

ruedas hay un desnivel de cuarenta á cincuenta centímetros.

El carro chino consiste en dos perchas de abeto, de 4 metros de largo por 10 centímetros de diámetro, unidas por seis piezas de madera transversales del mismo grueso, y de 1 metro 20 centímetros á 1 metro 30 centí-

críto añádese una cesta grande tejida con bambúes, que se han cortado en tiras delgadas y manejables.

El eje es siempre de madera, y sobresale á derecha é izquierda de la caja del carro, casi el doble de la anchura del cubo de la rueda: una fuerte clavija de bambú, fijada á 8 ó 10 centímetros del extremo del eje, impide



Rdo. Chouzy, de las Misiones extranjeras, misionero en China. (Pág. 86).

metros de longitud. Algunos bambúes, colocados paralelamente por arriba, sirven para disminuir la anchura de los vacíos: algunos otros, fijados verticalmente en las dos perchas laterales y sostenidos por dos palos, hacen el oficio de barreras. Cuando se trata de transportar ceniza, tierra ó cosas semejantes, al sistema des-

que se desvíe la rueda, quedándole á ésta el suficiente espacio para que pueda moverse segun convenga. Creo que por ese género de evolucion se explica la facilidad con que el carro sale victorioso de los peligrosos lodazales, aun á despecho de la desigualdad del terreno. Las ruedas se parecen á las de construccion europea, con la

diferencia de que el trabajo es extremadamente sencillo. Como en otras muchas cosas, los chinos concibieron la idea primera, pero no han realizado en ella ningun adelanto.

Existe además otro sistema de ruedas de planchas gruesas, en el centro de las cuales está fijo el eje; digo fijo, pues en ese caso no son las ruedas las que giran sin el eje. Un pedazo de madera, redondeado como un arco y retenido cerca del extremo anterior de las dos largas perchas paralelas, hace las veces de yugo; en calidad de tal se coloca en el cuello de un búfalo, de un buey ó de una vaca, al cual se sujeta por una cuerda que pasa debajo y completa así uno de los más singulares aparejos campestres de la comarca.

Nunca se une á él más que un solo animal de frente; y cuando sus fuerzas no bastan, se le añade un compañero que marcha delante de él como un caballo de refuerzo. La carga comun es de 400 libras (unos 240 kilogramos). El conductor muellemente sentado arriba, aguanta todas las sacudidas con la mayor flemma, y es preciso que las ruedas se hundan en el cenagal casi hasta el eje y que el búfalo no pueda salir del atolladero, para que el hombre se decida á bajar y ayude á su bestia. Fuera de esos casos extremos, conténtase con dirigir más ó menos el animal por medio de una cuerda pasada en el cartílago de separacion de las narices y que

sale por cada una de ellas, cuerda que tiene en la mano para servirse de ellas á guisa de riendas. Con frecuencia tambien el conductor, en vez de sentarse en el cargamento, monta sencillamente la cabalgadura, cuya marcha lenta se armoniza con el carácter chino.

Existe en esas comarcas otro vehículo, el carretón, cuyo sistema es el mismo que el de Europa, con la diferencia de ser algo más estrecha y que el conductor se ayuda con una correa sujeta á las dos varas y que se pasa al cuello. De este modo puede acarrear de 160 á 180 kilogramos en caminos llanos, en más de 100 kilómetros de distancia, recorriendo de 36 á 40 kilómetros diarios. El chirrido agudo y monótono de las ruedas poco engrasadas, de la multitud de carretones que circulan los dias de mercado, constituye para el europeo una distraccion singular, cuando no causa en sus nervios impresion penosísima.

Empero el sistema de transporte más comun en los países llanos, y el único en las comarcas escabrosas, es

el de que hablé al principio, y que consiste en llevar al hombro una carga de 60 á 70 libras, dividida en dos paquetes de peso igual fijos por medio de una cuerda á cada uno de los extremos de un bambú: esto es general en toda la China. En los países enteramente montañosos lo reemplaza el ceston.

Hecha esta digresion prosigo mi camino y mi viaje. A tres cuartos de legua de Kuy-hien, se pasa el Siau-kiang en un puente de piedra, y se prosigue hácia el Oeste, teniendo á izquierda la inmensidad de las llanuras, con enormes peñascos á trechos. Algunos transeuntes y labradores que van á sus trabajos, y á veces un carro, son las únicas distracciones que se nos ofrecen.

A 20 leguas de Kuy-hien hacemos alto un momento bajo un corpulento árbol llamado *yong-chu* (1), cerca de una pagoda dedicada al *Vencedor del dragon*, ídolo al que la credulidad pública atribuye el haberse liberado el país de los estragos de un mónstruo. Allí tambien se expenden algunas golosinas y la inevitable agua de arroz que en el Kuang-si tantos servicios presta al viajero. Poco despues el camino pasa por entre arrozales abundantemente regados por un rio que desemboca una legua y media más lejos en el mercado de Kentchu. Este mercado tiene cierta importancia merced á la proximidad de minas de plata

y á la circulacion que éstas favorecen en alto grado. Estas mineras fueron descubiertas, hace unos cuarenta años, en una montaña de cosa de una legua de diámetro, que se levanta solitaria á 18 kilómetros de Kentchu. Raros son los explotadores que hacen fortuna, mientras son muchos los que se arruinan, debido más bien á los medios de que disponen que á la pobreza de las minas. Un solo hombre trabaja con un azadon en cada filon de plata: el minero hace un hueco el más preciso en que pueda moverse, y ¡desdichado de quien se atreviese á tocar el filon que ha venido á ser su propiedad por el hecho mismo del trabajo comenzado! pues se seguiria inevitablemente una lucha sangrienta tal vez mortal. Los procedimientos de que se sirven los chinos para separar la plata de la liga que contiene, son asimismo desproporcionados para que quede remunerado siquiera

y á la circulacion que éstas favorecen en alto grado.

Estas mineras fueron descubiertas, hace unos cuarenta años, en una montaña de cosa de una legua de diámetro, que se levanta solitaria á 18 kilómetros de Kentchu. Raros son los explotadores que hacen fortuna, mientras son muchos los que se arruinan, debido más bien á los medios de que disponen que á la pobreza de las minas.

Un solo hombre trabaja con un azadon en cada filon de plata: el minero hace un hueco el más preciso en que pueda moverse, y ¡desdichado de quien se atreviese á tocar el filon que ha venido á ser su propiedad por el hecho mismo del trabajo comenzado! pues se seguiria inevitablemente una lucha sangrienta tal vez mortal.

Los procedimientos de que se sirven los chinos para separar la plata de la liga que contiene, son asimismo desproporcionados para que quede remunerado siquiera

(1) Es el *ficus pyrifolia*, que adquiere á veces proporciones gigantescas y puede cobijar bajo su sombra centenares de personas,



KUANG-SI (China).—Carretón chino.

el trabajo manual. Seria preciso que se formase una sola y grande Compañía que, mediante un cánon satisfecho al Gobierno, obtuviese, con *garantias*, el monopolio de la explotacion, concéntrase en sus manos todo el rendimiento de las minas y por lo tanto estuviese en disposicion de romper con la mezquindad de los procedimientos; esto es lo que exigiria tanto el bien público como una buena administracion. Mas, sea carencia de capitales, sea falta de confianza en los mandarines, que despues de garantir el monopolio lo dejarían sin pudor libremente embarazar mediante propinas, sea dejadez ó falta de inteligencia de los gobernantes, el sistema de explotacion privada y múltiple sigue adelante con detrimento de los bolsillos particulares y de la paz pública.

¡Cuántas veces la poblacion honrada ha temblado á la idea de ver á ese millar de mineros bajar á la llanura para resarcirse de sus decepciones con el pillaje! Y los mandarines ¿no se ven obligados á tener constantemente un cuerpo militar al pié de la montaña? Verdad es que por lo comun eso es un medio de vivir á costa de los infelices mineros, bajo el especioso pretexto de que los soldados estacionan por órden superior á fin de impedir toda explotacion y en el mayor interés de la paz pública: repetidas veces he podido convencerme por mí mismo de esa indigna comedia.

Sin temeridad se puede conjeturar ocultan muchas riquezas que la casualidad, único guía de los chinos en esa clase de descubrimientos, no ha revelado aún á la codicia. Así es como, el año último, se ha comenzado, á unas quince leguas más abajo, á extraer estaño. La ciencia europea hallaria en las montañas de Kuang-si con que hacer un comercio lucrativo, toda vez que los chinos, conducidos por la simple casualidad y disponiendo únicamente de medios sencillísimos, han descubierto allí tantas minas y explotan con provecho estaño excelente en los países de Tong-lan-tcheu y de Ho-tche-tcheu, lo mismo que hierro en otros diversos puntos.

Todas estas montañas, como por lo demás en las del resto del Kuang-si, siendo casi completamente incultas, están infestadas de tigres, panteras y lobos: en ellas encuéntrase tambien el ciervo, la gamuza y la cabra montés. Respecto á caza, abundan los faisanes, las perdices y las tórtolas.

Al salir del mercado de Ken-tchu, donde soy muy conocido, por pasar por allí cuando voy á la cristiandad de Huen-chan, el camino atraviesa algunos arrozales, y deja ver á derecha é izquierda muchos pueblos á una distancia de algunos lyses, y luego corta el rio que desciende de las minas de plata. Como tantos otros me es preciso pasar el vado, y eso que es un camino departamental, pero del que, segun costumbre, para nada se ocupa la administracion.

Hay tambien terrenos incultos, al lado de otros algo mejores en los que se planta anualmente el maíz, la alcandía y la batata.

Mis portadores marchan admirablemente. A las tres de la tarde vemos al Oeste el mercado de Tsin-tang, el segundo del distrito de Kuy-hien por su importancia, y al Noroeste el monte al pié del cual se encuentra mi reducida cristiandad. En el instante en que abandonamos el camino para tomar el sendero que conduce á Huen-Chan, los soldados y los satélites de mi escolta se dirigen á Tsin-tang, donde podrán proporcionarse

con mayor facilidad alojamiento y sobre todo opio para fumar: uno de mis portadores de la silla de manos, á la sazón de relevo, les sigue sin dar aviso; pero al advertirlo sus compañeros, deponen el palanquín, y agotan contra él su repertorio de maldiciones hasta tal punto, que dócilmente vuelve á reunírseles sin la menor réplica.

En breve se ofrece otro espectáculo bastante vulgar para un habitante de la China, pero de los más pintorescos para un europeo; el de un destacamento de caballería desembocando gravemente cerca de nosotros en una carretera. Treinta ó cuarenta búfalos, vacas ó bueyes, eran los corceles: los ginetes eran pastores y pastoras cubierta la cabeza con el histórico sombrero de trenzas de bambú á guisa de casco, armados de un palo en sustitucion de la fusta, y sosteniendo la cuerda que pasa por las narices de las cabalgaduras, haciendo oficio de riendas. Los rebaños eran conducidos á los pastos. (V. el grabado de la pág. 93). El golpe de vista es aún más extraño en tiempo de lluvia á causa de la adición del manto de juncos que llevan los ginetes y que les da el aspecto de salvajes.

FILIPINAS.

MISIONES DE LOS PADRES JESUITAS.

Dapitan, 19 de noviembre de 1885.

Mi muy amado en Cristo R. P. Goberna: Recibí las dos amables cartas de V., la una con fecha 31 de mayo y la otra 12 de agosto. Mucho he tardado en contestar á ellas, no obstante de que me fueron sumamente gratas por las interesantes noticias que en ellas me comunica. Si yo pudiese le escribiría con más frecuencia para que tuviese noticias de estas santas Misiones, por las cuales tanto se interesa V. y otras personas piadosas que con su caridad admirable contribuyen á tan santa obra.

Sentí en el alma, Padre mio, la triste noticia que V. me daba del fallecimiento de mis queridísimos Padres Medina y Laborda. Viví muchos años con ellos en Valencia, como V. sabe, y por esto siento más tan grande pérdida. Sin duda Dios ya los tendrá en su santa gloria, por cuyo amor con tanto celo trabajaron en ganarle almas.

No pude menos de sentir tambien mucho los espantosos estragos que el cólera habia hecho en Valencia. Sé, mi amado Padre, por experiencia del año pasado, lo muy terrible y formidable que es este destructor azote por las muchísimas víctimas que aquí hizo. Mi corazón siempre agradecido á la piadosa caridad que de mi inolvidable Valencia he recibido, ofrecí varios días la santa Misa por los bienhechores y por los que tantos años habian sido allí mis hijos espirituales. Y estos pueblos, en especial Dapitan, que no olvidan nunca los singulares favores que de esa caritativa y benéfica ciudad han recibido, han rogado tambien mucho á Dios pidiéndole con fervor y fé viva diese pronto á dichos finados el galardón y premio eterno de sus santas obras, y á los vivos salud y celestiales bendiciones.

Mucho siento, mi amado Padre, la muerte de las veinte y cuatro Hermanitas de los pobres, víctimas del cólera en la Casa de Valencia; es verdad que son otros tantos ángeles más en el cielo. Me alegro de que V. y el P. Lasquibar fuesen allí á trabajar y consolarlas en

aquellas circunstancias tan tristes y amargas. Las devuelvo á todas los afectuosos saludos, y agradezco muy mucho el que me encomienden á Dios; yo hago lo mismo por ellas, deseándoles toda suerte de bendiciones y que vaya adelante en perfeccion y virtudes esa benéfica y santa institucion. Las acompaño en el sentimiento de tan sensible pérdida.

Tambien á nosotros nos ha visitado el Señor con sus justos y paternaes castigos, sin duda para que nos acordemos más de Él, y enmendemos nuestras faltas. El 23 de julio último, á cosa de las once de la mañana, nos sorprendió un espantoso terremoto. Los más ancianos de este pueblo dicen no haber experimentado otro igual. Gracias á Dios no hubo desgracias personales que deplorar, pero sí muchas materiales. De las casas, unas vinieron al suelo y las otras quedaron muy mal paradas. Casi todas las imágenes de los Santos en varias iglesias quedaron destrozadas. En varios puntos se abrieron grandes y muy hondas grietas en la tierra, y de los montes se desprendieron enormes peñascos. Lo que más inquietos nos tenia era la frecuente y casi continua repetición de los temblores, y algunos de ellos bastante fuertes, que por espacio de medio mes tuvimos. Aquello, Padre mio, ya no era vivir. Y ahora, si bien no son tan frecuentes como antes, es muy raro el dia que no haya alguno. Durante este tiempo de continuo sobresalto la mayor parte de la gente dormia en el suelo dentro de unos casuchos de nipa que se habian hecho inmediatos á sus casas. En el convento casi todo se rompió, y lo que más sentimos fué la pérdida de nuestras medicinas. Se ve que el Señor nos quiere bien pobrecitos. Era tal la trepidacion de la tierra, que las piedras, maderas, etc., daban grandes saltos. Dios nos libre de semejantes sustos; pobre de mí, estuve una porcion de dias con un gran temblor de piernas. Se teme mucho no explote algun volcan, por haber no lejos de aquí montes muy altos que huelen á esto; ¡pobres de nosotros si así fuese!

Tambien hemos tenido algunos de nuestros pueblos infestados del cólera, causando en ellos bastantes víctimas. En esto sí que hemos experimentado de un modo patente la proteccion del cielo, cuyo singularísimo favor lo atribuimos á la santísima Vírgen de los Desamparados. Gracias infinitas á Dios y á esta tiernísima Madre. Pues Dapitan, distando sólo unas tres leguas de uno de dichos pueblos, quedó libre del contagio, siendo mucha la comunicacion de unos con otros por ser muy difícil de evitar. Sin duda que al ver esta amantísima Madre la fe viva con que este piadoso pueblo la invoca y la tierna devocion y fervor con que la obsequia, quiso darle seguramente una prueba clara y patente de su agradecimiento y maternal cariño.

Tuvimos la fiesta de esta gran Reina el domingo mismo en que con tanta pompa y majestad la celebra Valencia, y fué con toda la esplendidez que permite nuestra pobreza. El Padre, después de haber hecho un hermoso elogio de la Santísima Vírgen y de la mucha caridad de la piadosa Valencia y generosa Barcelona, cuyas limosnas no olvidan estos agradecidos pueblos, les exhortó á que rogasen mucho por todos sus bienhechores, que con ejemplar caridad se sacrificaban para favorecerles. Les dijo, inflamado en celo de sus almas, que la Vírgen Santísima llamaba tambien á todos los infieles, mahometanos y demás que todavía no eran de la religion católica, para hacer de todos ellos hijos de la

santa Iglesia y adoradores del verdadero Dios; que ella queria cobijarlos á todos bajo su real manto para protegerlos y acariciarlos cual tierna y cariñosa madre. Hubo durante el solemne y concurrido novenario y el dia de la fiesta muchas comuniones. Y ahora está esperando ansiosa la gente lleguen pronto novenas, escapularios, estampas y medallas para satisfacer su tierna y filial devocion, y poderle dar así una prueba más de su acendrado amor y dulce cariño que le profesan. Aquel dia ofrecí la santa Misa por los bienhechores de Valencia que nos regalaron esta preciosa Imágen. Dios les premie con la corona de gloria esta obra de tanto bien.

No puede figurarse el alegron que tuvimos al saber que ya tenia V. un cajon de objetos recogidos para esta Mision de Dapitan. Bendito sea Dios, que mueve los corazones para hacer obras de caridad en provecho de estos pobrecitos indios, sus hermanos en Jesucristo. ¡Ah, P. Goberna! es incalculable el bien que resulta de estas limosnas. Por medio de pequeños regalos, una medalla ó un escapulario, una camisita ó unos botones, un cuadrito ó unas semillas, el Padre obtiene que crean lo que se les predica y practiquen lo que se les aconseja. Por medio de regalitos el Padre misionero tiene el inefable consuelo de ver asistir á las escuelas y á los catecismos miles de niños y niñas que aprenden las hermosas máximas de nuestra sacrosanta religion, para vivir después cristianamente y ser modelo de virtud á sus mismos mayores. Y estas hermosas plantas, tesoro y fragancia del jardin divino, adornadas de un alma candorosa y un corazon pio y tierno, son muchos de ellos cual piedra iman para atraer á sus padres infieles á la verdadera religion, é instruirlos para el santo Bautismo.

Durante el año pasado se han convertido á la fe católica y bautizado en estas Misiones 2,131 infieles; y si fuésemos más misioneros para instruirlos, en poco tiempo se formarían pueblos enteros de nuevos cristianos. No extrañe, P. Goberna, que nos alegremos tanto cuando nos manda cosas para regalar á estos pobrecitos; que bendigamos una y mil veces la mano caritativa y bienhechora que las da, pues son nuestros hijos muy queridos y amados en Jesucristo, á quienes con entrañable amor y celo deseamos ganar para el cielo, para que formen un dia la rica é inmortal corona de gloria de todos sus bienhechores.

Me alegro muy mucho, P. Goberna, de que vaya adelante la obra de la hermosa y magnífica iglesia de la Compañía, y le doy á V. el parabien por esta empresa tan del agrado de Dios y que deben mirar con grande alegría los valencianos.

Al terminar la carta se me ocurren muchas personas, cuyos nombres tengo grabados en el fondo de mi corazon; para todos quisiera un saludo especial, pero no siendo esto posible, lo suplirá la caridad de V., haciendo presente á mis amigos y bienhechores lo mismo que á los Padres y Hermanos de esa residencia y del Colegio de San José que no les olvida nunca delante de Dios este su afectísimo hermano en Cristo. — Juan Sintes.



ROSIGUIENDO la relacion de mi viaje que en mi primera carta de diciembre último les trazaba, voy á referirles á Vdes. mi llegada á esta Mision. A la peligrosa tormenta de las costas de Davao, siguióse, apenas dirigimos nuestro rumbo á Matí, un chubasco tan extraordinario, que de puro milagro no zozobró nuestra frágil navecilla. ¡Qué de serias reflexiones ofrecia á nuestra mente aquella noche cerrada, en alta mar, cayendo torrentes de agua encima de nuestra vieja banca amenazado hundirla en los abismos de un mar agitado! Cuando creíamos haber cantado victoria, desplegando la vela por lo empopado del viento arreció un poco y nos rompió el palo. No tardó en cambiarse y echándonos en la ensenada de mayo nos hizo saltar á las mil maravillas. Lo peor era que la barca estaba medio carcomida y daba recelos al timonel, el cual no ocultaba su ansiedad y temor diciendo: «Si esto dura mucho, la barca no aguanta.» Pero El que mandó á Pedro que anduviera por encima de las aguas, hizo andar nuestra vieja y carcomida embarcacion, y á las tres horas pudimos arrimar á la costa de Baguan, y á las nueve de la mañana del siguiente dia nos presentamos á vista de Caraga, que está situada en una pintoresca colina.

Es Caraga de muy buenas condiciones higiénicas y agrícolas, y lo sería mucho más cuando los cultivos de cacao, café, tabaco y abacá estuvieron desarrollados, aprovechando la hermosa llanura y colonitas que, en forma de abanico, se extienden hácia el interior, y las que situadas á las riberas del rio, ofrecen excelentes condiciones para las cosechas de arroz, maíz, judías, camote y otras clases de tubérculos. Los Padres destinados á Siargao, al siguiente dia continuaron de nuevo su viaje, y yo permanecí en esta hasta el 28 de julio, saliendo para Baganga, visita de regreso de Bislig, para la toma de posesion de la nueva Parroquia de Caraga. Ocho leguas anduve en un dia, no sin experimentar el auxilio del cielo. A pesar de los ardores de un sol tropical, caminaba á pié, por no atreverme á montar á causa del mal estado en que se encontraban los caminos á consecuencia de un terrible ciclon (tempestad) que poco tiempo antes cayó en estos pueblecitos. Terrible fué el que en Manila presencié, pero no lo sería menos el de aquí. Arboles colosales situados en llanuras y valles arrancados de cuajo de en medio de la espesura del bosque, arrastrando consigo una multitud de tiernecitos arbustos y regulares árboles que se cobijaban á su sombra, son una prueba de la fuerza de aquel huracan. Los senderos estaban como atrincherados. Unas veces por debajo y otras por encima de aquellos gruesos troncos pudimos adelantar. Fatigado de tantas inclinaciones y saltos, determiné montar un ratito. Al acercarme al caballo para montar, me recibió al estilo japonés disparándome tan terrible coz con ambas patas, que fué un prodigio que no me abriese el pecho.

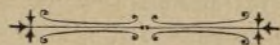
Tales y tan variados sucesos como los que por aquí pasan ayudan mucho para desconfiar uno de si mismo y dejarse totalmente en manos de la Providencia. Las siete y media de la noche serian al llegar á Baganga y á las doce del mismo dia habia llegado el P. Pastells. Despues de haber pasado una pequeña calle doblando la esquina de la iglesia interina, me encontré frente á una casita, á la cual se sube por medio de una escalera de mano al estilo del país.

Uno de los muchachos que me acompañaban volviéndose hácia mí, díjome *Ang convento* (el convento). El cielo estaba despejado, dentro de la casita ardia una luz, cuyos rayos saliendo por lo entreabierto de la puerta y resquicios de las cañas que forman las paredes, me facilitó la subida sin necesidad de avisar. Subí asiéndome con ambas manos á los escalones que colocados á gran distancia unos de otros, con trabajo se alcanzan. Me dió una alegría aquella vivienda, que sin duda me habrian negado cuantos palacios de descanso y comodidad arreglan los hombres. Una salita defendida de la intemperie de los tiempos por el solo tejado de nipa, dos sillas, una mesita labrada toscamente encima de la cual ardia el candil que suministraba luz para poder rezar el Padre que junto á ella estaba, fué todo cuanto se presentó á mi vista. ¡Qué bien imitado estaba el aposento que la Sunamitis preparó para el profeta Eliseo! Levántase el Padre y adelantándose hácia la puerta, saludámonos y con la sonrisa en los labios y el cariño en las palabras díjome: «Ya lo ve Padre, aquí reina la santa pobreza.» No pude disimular el gozo de mi alma, y dije: De esa manera seremos felices, y nos olvidaremos mas pronto de lo que el mundo llama comodidades.—Pasámos un buen rato en agradable conversacion manifestándome desde aquel momento el deseo que tenia de llevar á cabo un viaje al interior de los montes que varias veces se habia propuesto y siempre por causas imprevistas lo habia diferido. Cerca dos meses empleamos en la visita de algunos pueblos de esta Mision, pudiendo observar lo mucho que hay para conservar y lo poco que en las costas queda para recoger. Nada diré á Vds. de la docilidad é interés para las cosas de religion y de la tierna devocion que abrigan en sus corazones; bastará recordar á Vds. que el mejor regalo que podemos hacerles y la única gratificacion que desean por los pequeños auxilios que prestan al Padre, es una cruz, ó una medalla ó un santo rosario. Es verdad que necesitarian de las frecuentes visitas del Padre, y siendo éstas imposibles, *operarii autem pauci* con frecuencia hay que lamentar entre ellos algunas faltillas, que nuestro buen Dios fácilmente les perdonará.

¡Cuán diferentes, empero, son los que todavía no tienen la dicha de ser hijos de la Iglesia! Los sacrificios humanos en algunas razas, la esclavitud en todas y la continua discordia entre sí, son un continuo ultraje á los derechos humanitarios y un motivo de pena, llanto y fatiga para el Misionero que, no solamente pretende darles una vida social y civil, cual exigen los deberes del hombre, mas aun la eterna, fruto del fiel cumplimiento de los deberes que tienen para con Dios, consigo y sus semejantes.

Este, y no otro ha sido el móvil que nos hizo andar por montes y valles donde jamás pisó pié europeo, y él mismo, Dios mediante, nos dará aliento para llevar adelante nuestra empresa, á mayor gloria del Señor.

Se despide de Vds. hasta otro dia en union de sus oraciones, su afmo. Hermano en Cristo.—*Valentin Altimiras, S. J.*



CRÓNICA.

Roma. — Leemos en una carta de la ciudad eterna: «Estos días se viene confirmando la posibilidad que ya he indicado otras veces, del establecimiento de relaciones diplomáticas directas y permanentes entre la Santa Sede y el Gobierno imperial de la China, mediante el envío de una embajada china que resida en Roma, acreditada cerca de la Santa Sede, al paso que ésta acreditaría cerca de la corte de Pekin un delegado apostólico.

«La iniciativa de estas negociaciones surgió del Consejo del Imperio chino (*Tsong li Yemen*) para los asuntos extranjeros, cuando el P. Giulianelli llevó al emperador de la china una carta del Papa. La conducta del Gobierno francés para con la Iglesia y el ningún cuidado que

«Estoy autorizado para poder dar la noticia de que como consecuencia de la paz firmada entre la Francia y Madagascar, han vuelto á entrar en esta grade isla los misioneros Jesuitas que habian sido expulsados, no porque predicasen la fe católica, ni porque fueran cristianos, sino únicamente porque eran franceses ó tenidos por amigo, y fautores de Francia.

«Las Misiones de los Jesuitas en Madagascar, segun es sabido, estaban muy florecientes por el número de iglesias, escuelas, hospitales, hospicios y otros establecimientos de piedad y de beneficencia, que los beneméritos Padres de la Compañía de Jesús tenían fundados y que prosperaban. Por otra parte los católicos del Madagascar son bastante numerosos y muy bien vistos, y además porque cuentan en sus filas un buen número de per-



KUANG-SI (China). — Encuentro de un rebaño de búfalos. (Pág. 90).

en la actualidad tiene aquel Gobierno para corresponder con hechos al título que presume conservar de protector de las Misiones católicas del Oriente, tal vez induzcan al Santo Padre á aceptar la oferta hecha por el *Tsong li Yemen* de establecer estas relaciones diplomáticas.

«Este hecho ocasionaría gravísimo daño á la influencia francesa en el Oriente y en el extremo Oriente, y por esto creo que al presente está muy preocupado el señor conde Lefebre de Boheme, embajador de la república francesa cerca de la Santa Sede. De este hecho mismo, y por una razón contraria, resultarían muy contentos los gabinetes de Viena, de Berlín y el Quirinal, porque entonces pasaría la protección natural de los misioneros de las respectivas nacionalidades en el Oriente, protección ambicionada por todos los gobiernos para sus intereses políticos.

sonajes distinguidos é influyentes entre los indígenas. Puédese por tanto estar seguro ahora de que aquellas Misiones volverán á tomar espléndido vuelo, despues de la desgraciada aunque un larga interrupcion sufrida por culpa de Francia.

«Nuestras Misiones de Africa, que son objeto de un especialísimo cuidado de la Santa Sede, van á recibir nuevos impulsos. Es probable que dentro de pocos días se decrete la division del vicariato apostólico de Natal, haciéndose dos vicariatos, el uno en Natal y el otro en el Zululand, y una prefectura apostólica en Pretoria.

«Los dos vicariatos y la prefectura serán encomendados á los Oblatos de María Inmaculada de Marsella. Esta division ha sido aconsejada á la Propaganda, no solamente por la conveniencia de extenderse en aquella region africana, sino tambien por la necesidad de oponer

un dique potente á los esfuerzos que allí hacen los protestantes para aumentar los prosélitos entre aquellos negros.

«Dos nuevos colegios eclesiásticos están próximos á instalarse en Roma; el uno para el clero joven de Canadá y el otro para el de la Australia. Para el colegio canadiense se ha comprado un vasto local en la via de las Cuatro Fuentes, cerca del Quirinal. Contribuyeron para los gastos veinte y dos arzobispos y obispos del Canadá, y será encomendado á los Padres Sulpicianos de la Congregacion canadiense, el superior de los cuales se encuentra ya en Roma con este objeto.

«Los trabajos para la fundacion del Colegio eclesiástico australiano, están menos adelantados.

«El Delegado Apostólico en las Indias Orientales ilustrísimo Agliardi, enfermó de dispepsia, y ha tenido que abandonar temporalmente aquel clima, esperándosele en Roma este mes. Durante su enfermedad el Ilmo. Agliardi recibió en Bombay muchas pruebas de simpatía y afecto de los católicos indios é indo-portugueses de aquella ciudad y del mismo gobernador inglés. En las iglesias católicas se hicieron rogativas por su salud.»

—El domingo de Septuagésima, despues de celebrar la Misa Su Santidad en su capilla privada, se dirigió á la sala del trono y promulgó cuatro decretos de beatificacion referentes á los siervos de Dios: Clemente Hofbauer, redentorista de Viena; Luis María Grignon de Monfort, fundador de los misioneros de la Sociedad de María, en la diócesis de Luzon; Inés de Benigamin, religiosa agustina española, de la diócesis de Valencia; y Fr. Egidio de San José, de los Menores Franciscanos Alcantarinos de la provincia de Lecce.

La publicacion de los decretos se hizo luego en presencia de los Emms. y Rmos. Cardenales Bartolini y Bianchi, ponentes; de los embajadores de Austria, Francia y España, y de los prelados y oficiales de la sagrada Congregacion de Ritos, de los postuladores de las dichas causas, de los generales y Diputacion de las Ordenes religiosas á las que interesaba la promulgacion.

La ceremonia de la beatificacion de estos cuatro nuevos Beatos, y quizás de otros venerables siervos de Dios, se celebrará en diciembre del próximo año con ocasion del quincuagésimo aniversario sacerdotal de Su Santidad Leon XIII.

—El Padre Santo ha hecho publicar el decreto de los sagrados Ritos, afirmativo, para la beatificacion ó sea Declaracion de martirio de aquellos venerables Siervos de Dios, franciscanos muertos en Damasco por odio á la fe cristiana.

Oriente.—La Encíclica de Su Santidad Leon XIII, *Immortale Dei*, monumento verdaderamente inmortal de la sabiduría Pontificia, traducida en griego, árabe, turco y armenio, ha sido maravillosamente difundida en Oriente, donde produjo grande y saludable impresion, no sólo en los católicos de los diversos ritos, sino hasta en los mismos disidentes.

En Siria se han repartido muchas copias entre los cismáticos, ansiosos de leer el documento pontificio, que ha sido admiracion del mundo, como referia el 23 de enero á la Propaganda, el Delegado apostólico residente en Berito.

Entre las varias cartas recibidas por este Prelado, se ha hecho notar mucho una de Wasa-bajá, gobernador general de Líbano, hombre de gran inteligencia y profundos conocimientos.

«La Encíclica del Papa, escribe, es una verdadera obra maestra en su pensamiento, en su exposicion y en su estilo.

«La idea es santa y sublime, y el espíritu que la ha concebido es tanto más superior á los demás gobernantes de la cosa pública, cuanto brilla por la elevacion de las aspiraciones, lógica de argumentacion y belleza de las conclusiones.

«Muéstrase el Papa más cristianamente liberal que los partidarios del derecho moderno y más misericordioso que los filántropos de la novísima filosofía. ¿Y el estilo? Esta es la primera vez que leo en los periódicos italianos la verdadera lengua del Dante, y que admiro el verdadero y el dulce concepto italiano. Como católico estoy orgulloso de que un Leon XIII se encuentre al frente de la Iglesia.»

Es de advertir, para entender bien estos últimos párrafos, que la Encíclica *Immortale Dei* se remitió á Oriente en francés é italiano, lenguas que son muy conocidas en aquellos países.

Por lo demás, como se ve, es universal el entusiasmo despertado en los católicos por la augusta y sábia palabra del sucesor de san Pedro.

—Acaba de darse á luz la nota que va á leerse, y que no carece de interés. La carta que la acompaña asegura que el documento á que se refiere ha sido publicado por mandato del Metropolitano cismático de Nicomedia. Hé aquí la nota:

«Preocupa en este momento al mundo sabio y religioso un escrito recientemente descubierto y que se remonta al siglo I de la era cristiana. Se titula *Testamento de los Apóstoles*, y aunque de autor desconocido, es digno de atencion y debe ser considerado como testimonio de la fe de aquellos tiempos.

«Empieza por consejos y exhortaciones á la virtud, tomadas en su mayor parte del Evangelio. Habla en términos muy claros del Bautismo y de la Eucaristía. Recomendando la pureza de conciencia para asistir como es debido al santo sacrificio de la Misa, que reemplazó á á todos los sacrificios antiguos, cumpliéndose así la profecía de Malaquías:

«En todo lugar se sacrifica, y una oblacion pura se ofrece en mi nombre.»

«Este texto, que condena una vez más al protestantismo, contribuirá acaso á ilustrar á aquellos de nuestros hermanos separados que buscan sinceramente la verdad.»

Tung-kin meridional.—El Pro-vicario de las Misiones cristianas del Tung-kin meridional publica en el *Univers* una carta conmovedora sobre los pillajes y matanzas consumados contra los cristianos en dicho país, desde noviembre hasta el 14 de diciembre, de cuya fecha es la carta.

En Bac-naham los cristianos tuvieron que retirarse en número de 60, con mujeres y niños, á la cumbre de un monte y defenderse allí casi inermes contra una bandada de más de dosmil infieles.

El P. Frichot pro-vicario de Tung-kin meridional, añade que en aquella region, sin contar los datos que faltan por la interceptacion de caminos, han experimentado las siguientes pérdidas: cerca de 60 cristianos muertos, dos sacerdotes indígenas y 17 catequistas. Además mil cristianos han sido degollados y 60 de sus cadáveres, hechos pedazos se tuestan al sol.

Esta página de martirio no puede menos de aterrar.

Oran.—El Rdo. D. Enrique de Ossó, Pbro. escribe desde esta ciudad al Rdo. Dr. D. Félix Sardá y Salvany el 17 de diciembre último:

«Mi buen amigo: Supongo en tu poder mi carta del 6 del presente en la que te decía el incidente desagradable que provocó el demonio, sin duda rabioso del fruto que se sacaba en la Mision, y que deseaba sin duda con este escándalo retraer al pueblo español de asistir á ella: mas todo fué en vano, porque la asistencia se aumentó en los dias siguientes hasta concluirse el dia de la Purísima Concepcion con una numerosa Comunion general, solemne Oficio cantado á las diez, y por la noche la funcion de despedida con asistencia del señor Obispo y vicarios generales, señores canónigos y mucho clero.

«Esta funcion fué conmovedora. La Catedral estaba completamente llena de fieles. Prediquéles sobre la perseverancia, indicándoles los medios eficaces para lograrla, sobre todo el cumplimiento de los preceptos de la ley de Dios y de su Iglesia, y la devocion á la Virgen María por medio del rezo del santísimo Rosario en familia.

«El señor Obispo desde su trono con mitra y báculo, dió las gracias al pueblo y al Padre misionero español, manifestándose altamente complacido por la asistencia de los españoles á oír la palabra de Dios, encargándoles con su autorizada voz que perseverasen en la gracia recibida y en la devocion á María santísima. Bendijo en seguida la agraciada imágen de santa Teresa de Jesús, que estaba en el coro, y concluyóse la funcion con la bendicion y reserva del santísimo Sacramento por el mismo celoso Prelado.

«El cura de la Catedral, señor canónigo arcipreste Preiré, que tanto se interesa por la suerte de los españoles en Africa, es el que ha procurado con su celo el beneficio de esta Mision á los españoles.

«Nunca habia visto el señor Obispo ni Curas párrocos tanta gente en la Catedral como en estos dias de Mision, y todo hace esperar que la semilla de la palabra de Dios dará opimos frutos. Así sea y oremos y hagamos orar por nuestros pobres hermanos que viven en el Africa. Su suerte no puede ser más triste.

«Dos palabras sobre la obra Hispano-Africana destinada á fomentar los intereses morales y religiosos de los españoles. Esta obra ha sido fundada por el celoso misionero español P. Catá, que ya conocen los buenos catalanes. La base por hoy de esta obra de celo, que ha de reportar bienes inmensos, son ocho Hermanas de la Compañía de santa Teresa de Jesús, que tienen en su colegio del village Lamur catorce niñas huérfanas de padres españoles; que viven allí siempre, y á las que se da de comer y enseñanza gratis, además de otras muchas más externas. Muchísimas más tendrían recogidas, pero no pueden por falta de recursos con que ensanchar la casa. ¡Lástima grande, pues las niñas que se han de despedir de allí por no tener local, van á parar en manos de judíos ó moros ó casas de perdicion! ¡Pobres niñas españolas!

«Hay al lado del colegio y propiedad del colegio más de cien mil palmos de terreno para edificar; pero la falta de recursos no lo permite. Si hubiese un buen corazon que ayudase con su óbolo, ¡cuánto bien haría á las almas de las hijas de los pobres españoles! Tú, que conoces tan buenas almas, no dejes de decírselo. Su limosna será más meritoria porque aquí la harán para conservar no sólo la vida de la gracia, sino la raíz de la justifi-

cacion que es la fe, y para que no sean profanados otra vez por el pecado estos templos que el Señor santificó.

«Las Hijas del Serafin del Carmelo siguen buenas y animosas por la misericordia de Dios. Van cobrando fama de almas reales que nada les turba, nada les espanta, á semejanza de su valerosa Madre. En las clases que tienen en Oran, para niñas españolas, tienen algunas niñas de padres judíos, que oyen con docilidad las enseñanzas de la Doctrina cristiana que les dan las Hermanas de la Compañía de santa Teresa de Jesús. ¡Ojalá el Señor las convierta! Bien inmenso, repito, está destinada á hacer esta obra en estas tierras africanas, donde viven más de ochenta mil españoles, olvidados por lo general de la ley de Dios y de la Iglesia nuestra santa Madre. El favorecerla es verdaderamente obra no sólo católica sino española.

«En la otra que te escribiré ya desde mi patria, te daré otras noticias de esta tierra africana, por si gustas publicarlo en tu excelente *Revista*, pues en ello creo prestarás un buen servicio á sus lectores, especialmente de España.»

Filipinas.—De una cara de Tramontaca fechada el 15 de diciembre último, suscrita por el Rdo. P. G. Bennasar, de la Compañía de Jesús, y recibida por el señor Ecónomo de Sineu (isla de Mallorca), tomamos los párrafos siguientes:

«Por lo que toca á los niños, al cabo de poco tiempo de haberle escrito á V., rescatámos uno de unos siete años, que bautizámos con el nombre de *Ramon Lull*. Más tarde impuse el nombre de *María de las Nieves*, no á una niña, que no teníamos ninguna, sino á una mujer que de seguro ha cumplido ya los treinta años. Tal vez la persona que dió la limosna, hubiera preferido una niña pero hace tiempo que no nos traen. El comandante de un cañonero me habia encargado que pusiese el nombre de su madre á una, y él pagaria el rescate, y han pasado cuatro meses sin poderle complacer; al fin, rescatámos una de unos cuatro años. Dicha María de las Nieves es una mujer muy juiciosa y de muy buenas costumbres, lo que no deja de ser una satisfaccion, pues esas cualidades no son muy comunes entre los moros adultos. Ella se escapó de su amo con un sobrino suyo de unos catorce años, y se vinieron aquí. El sobrino, tambien, por cierto, muchacho de los más dóciles que tenemos, aun no se ha bautizado, porque su amo no queria desprenderse de él, pero al fin hemos logrado rescatarlo, aunque algo carito, treinta y seis pesos. Cuento ponerle el nombre de *Antonio Morro*, pues ya bauticé un chiquito de un año con el nombre de *José*, como V. me indicaba. Dicho niño, como es tan pequeño, está con las Madres bajo el cuidado de una tia suya, mora todavía, con quien vino. Ya tiene V. pues los cuatro nombres que me pedia.

«Comprenderá V. fácilmente que para nosotros el rescate es lo de menos, y que lo que cuesta es su manutencion y el vestido. Setenta y nueve tenemos ahora, y habrá más de treinta que no pasan de diez años: ganan, pues, poco y gastan mucho, y actualmente estamos pasando muchos apuros, pero confiamos en que Dios no dejará sin amparo estos seres desgraciados, al mismo tiempo que dichosos.

«He logrado tener fotografías de los mismos niños, que en grupo envio á D. Antonio Galmés de Manacor, para hacer propaganda y allegar recursos. En uno de es-

tos grupos está Ramon Lull, María de las Nieves y el futuro Antonio Morro. De las mismas se han mandado ejemplares á España, y á Italia, pues todo el mundo desea conocer á éstos, y nosotros nos alegraremos se interesen por ellos.»

—De otra carta de la misma procedencia, fechada á 8 de febrero del corriente año y suscrita por el expresado Padre tomamos el párrafo siguiente, por referirse á uno de nuestros favorecedores, celoso é infatigable cura ecónomo, que en obras de caridad para con las Misiones de Ultramar ha merecido repetidas veces honrosa mención.

Dice así:

«Muy amado en Cristo señor Ecónomo: En las cuentas del último semestre de la Procuracion de Manila, he visto una limosna de 80 pesos con destino á esta Misión, de la cual no habia tenido noticia hasta ahora. El dador de dicha limosna (segun consta en las facturas) es el Cura de Sineu. A haberlo sabido antes, antes le hubiera escrito á V. para darle las gracias; pero, ya que entonces no lo hice, se las doy ahora, y de todo mi corazón, quedando á cuenta de Dios el darle á V. la recompensa.

«Es nuestro deber, añade el *Ancora*, periódico católico de Palma, dar públicamente las gracias no sólo al reverendo Cura párroco, sino también á cuantas personas han contribuido con su óbolo á tan santas y caritativas empresas.»

Haití.—Acaba de morir en Haití, donde hacia más de veinte años que predicaba el Evangelio, el reverendo Prelado y misionero de aquel país Ilmo. Guilloux. Eran tan grandes el amor y el respeto que habia inspirado á los haitianos, que los funerales dieron lugar á una manifestacion religiosa sin igual. Las tiendas, los establecimientos, los consulados y las oficinas públicas no se abrieron aquel día.

El duelo fué presidido por el presidente de la república, que como todos los ministros acompañaron á pié el féretro.

Noticias varias.—En una carta de Casablanca (Marrocos) se da cuenta del siguiente suceso, que pinta el estado de salvajismo del imperio marroquí:

«En el zoco (jad de mualin el nad) á siete leguas de ésta, vendía una mora una gallina: un moro que la compró en 12 onzas (2 reales) le entregó en pago una moneda de plata antigua; la mora se obstinó en que le pagase con moneda nueva ó sea de la acuñada últimamente en Francia, de lo cual se suscitó tal cuestion entre los parientes y allegados de una y otra parte, que dió por resultado 12 muertos y 42 heridos. El gobernador Si Hamed ben el Aarby se presentó en la kabila, pero sacó lo que el negro del sermón. Entre ellos convinieron en suspender las hostilidades (y cherafdu) por diez días; se espera que el nuevo encuentro sea más terrible que el primero, pues de una y otra parte han llamado en su ayuda á las kabilas de Ziyada, Mdacra y Ulad Alí; esto es el pan cotidiano en este famoso imperio.»

—Han estallado serios desórdenes en Lublin, á consecuencia de la indignacion popular producida por la expulsión de tres dominicos que no habian dado motivo alguno para dicha arbitrariedad. La fuerza armada hizo fuego sobre el pueblo, resultando treinta heridos.

Se han hecho un centenar de prisiones. Lublin es una pequeña poblacion del antiguo reino de Polonia, enclavada en el territorio que pertenece actualmente á Rusia. La expulsión de los frailes fué ordenada por las autoridades rusas, y contra ella protestaron los católicos.

—El Ilmo. Rotelli, delegado apostólico representante del Papa en Constantinopla, ha sido honrado por el Emperador de Austria con la condecoracion de la corona de hierro. El periódico órgano del Gobierno turco dice: «Todos los católicos de Oriente se regocijarán al ver que se ha dado por tan poderoso Emperador una prueba de aprecio y estimacion hácia este venerado Pastor, en la cual se ven recompensadas la virtud, el mérito, la ciencia y el celo por la salvacion de las almas.» Así se hace justicia á este venerable Prelado aún entre los mismos mahometanos.

—Mientras los franceses expulsan de su patria á las Hermanas de la Caridad y las reemplazan por enfermeras mercenarias, la asociacion francesa de beneficencia de Nueva-York acaba de llevar á estas Hermanas al hospital francés de aquella ciudad, en vez de las enfermeras legas que antes asistían en él.

La relacion del presidente al dar al público conocimiento de esta medida, es una condenacion de la conducta del Gobierno francés. El servicio de este hospital no era lo que debia ser. La causa de la inferioridad de los empleados legos es su falta de abnegacion, los móviles interesados, la falta de conocimientos especiales, la irregularidad, y hasta la insubordinacion que muchas veces muestran.

ALEMANIA,

EL PRÍNCIPE DE BISMARCK Y LAS MISIONES CATÓLICAS.



Una nueva política colonial del Imperio alemán ha puesto sobre el tapete la cuestion de las Misiones católicas y de las Congregaciones religiosas. Es este un acontecimiento del cual debemos felicitarnos los católicos, porque nunca se presentaría al Gobierno alemán mejor oportunidad de llamar á las Ordenes religiosas. ¿No son, en efecto, estas casas de oracion, de fe y de caridad las que representan por excelencia el apostolado de la religion entre los pueblos bárbaros? ¿No se necesita la abnegacion de esos apóstoles desligados de todos los lazos terrenales para poder afrontar todas las privaciones, los más mortíferos climas y los innumerables peligros que lleva consigo una existencia entregada al sacrificio?

Estas dos cuestiones son solidarias y están unidas con conexión lógica y absoluta. El sábado 28 de noviembre, el Sr. P. Reichensperger propuso esta discusion en el Reichstag alemán, en forma de interpelacion, que fué contestado por el príncipe de Bismarck en persona. Refrescaremos algunas especies.

Al siguiente día de la inauguracion de la política colonial alemana en Angra-Pequeña, el Sr. de Luderitz excluyó de dicho territorio á los misioneros católicos, por un contrato estipulado entre él y las Misiones protestantes de la Alemania del Norte. Al principio el Gobierno guardó silencio, pero más tarde, si no desaprobó, rechazó este ostracismo odiosísimo. Durante este tiempo el P. Stolff, del Espíritu Santo, haciendo una visita en Cameron al Sr. D. Nochtigal, el gran colonizador y con-

victo admirador de las Misiones católicas, de este último obtuvo la promesa de poder instalar en dicho territorio una Misión. En el presente año, los PP. Stoffel y Weik se dirigieron por recomendación del Sr. de Hohenlohe, á la sazón embajador en París, al Ministerio de Negocios extranjeros de Berlín. Recibidos con benevolencia por la emperatriz y el príncipe imperial, no pudieron, sin embargo, ser presentados al canciller; simplemente fueron admitidos ante uno de los consejos del Parlamento del exterior. Este pretextó que, vistas las leyes de mayo y el principio de prioridad, los Padres no podían fundar casa en Prusia ni crear Misión en Cameron. Ya se tenían ó se iban á tener, decía, compromisos con una Sociedad protestante de Basilea. Esta contestación suscitó acaloradas discusiones, que tuvieron el más feliz resultado para la causa católica. Los Padres, que fueron llamados inmediatamente á la embajada de París, recibieron la autorización competente para fundar una Misión en Cameron, y en cuanto á un establecimiento alemán en Prusia, el Sr. de Rotenhan añadió *que aún no se decía la última palabra*.

Era ésta una contestación precisa relativamente al primer punto, pero vaga en cuanto al segundo, y como persistiese la incertidumbre, como no solamente se trataba del Cameron sino de la libertad de las Misiones en general, de esa libertad indiscutible y sagrada, que la Conferencia del Congo ha reconocido y estipulado solemnemente, el Centro creyó de su deber someter al Gobierno la interpelación con que se inició la discusión del 28 de noviembre último.

La contestación del príncipe de Bismark no careció de claridad ni de precisión: reconoció teóricamente la libertad de las Misiones católicas, pero excluyó á los Jesuitas de los beneficios de este derecho á la abnegación y al sacrificio.

Se ganó, pues, la gran batalla, excepto en un punto. El genio del Canciller comprendió desde luego qué preciosas influencias residen en el apostolado católico; porque no solamente es ésta una cuestión de derecho sino también es, y en supremo grado, fuente de prestigio y de poder en el exterior.

¿Por qué no llegaría el Canciller hasta el fin del camino? ¿por qué haría una excepción en detrimento de la Sociedad de Jesús?

El ejemplo de Francia y de otros países hubiera debido servir de lección en punto á esto al Imperio germánico. Francia, ¿quién no lo sabe? proscribió á los jesuitas en el interior, pero ella se apoya en el genio de su apostolado en las Misiones. ¿Cómo pueden ser estos héroes del sacrificio en su más generosa forma obstáculo, estorbo ó sombra para la Alemania? Suponiendo por un instante que la Sociedad de Jesús no tuviese en la Alemania protestante el público favor, ¿no es evidente que en Cameron ó en Angra-Pequena, estos servidores de la causa general de la civilización no serían más que admirables instrumentos de progreso y de cristiana vida? Si en Alemania son sospechosos, en Africa serán incomparables sostenes y auxiliares incontestables.

Esta verdad, así lo esperamos, tarde ó temprano se ha de imponer con toda la fuerza de la evidencia. Alemania entra ahora en una faz de expansión más amplia y más alta; sufriendo de plétora en su interior siente la necesidad de derramar el exceso de su población en playas lejanas, creando en el exterior nuevas salidas y fuentes más fecundas de riquezas. En esta obra de con-

quista pacífica, para que tenga buen éxito la toma de posesión material debe ser seguida de otra moral; es preciso que el Cristianismo prepare, consolide, engrandezca, transfigure la fuerza comercial y militar. El príncipe de Bismarck, el Sr. Stanley, la Conferencia del Congo lo reconocieron así con unanimidad soberbia: la civilización cristiana, tal es el título supremo de la colonización, su justificación y su gloria, y fuera de esto no sería más que el triunfo brutal de la violencia.

¿Quién pudiera, en efecto, conceder á los europeos el derecho de sentarse bajo la choza del bárbaro, para venirlo á explotar nada más?

¿Pero quién vendrá á secundar el esfuerzo del colonizador? ¿será el apostolado católico? ¿será la Biblia protestante? La Conferencia nada instituyó en punto á esto, sino que asentó el principio general de la libertad religiosa completa.

Demasiado conoce el Sr. de Bismarck la generosidad, el soberbio impulso, la fuerza indomable del misionero católico para excluirlo de las posesiones alemanas: ha hecho bien. Todos los grandes colonizadores, todos los iniciadores del comercio trasatlántico, han saludado en el apóstol de la Iglesia el tipo más exquisito y más perfecto del misionero, entre otros sólo nombraremos á los Sres. Nachligall, Woermann y Bulow y añadiremos los testimonios poco sospechosos del *Berliner Tagblatt* y de la *Gaceta general de la Alemania del Norte*.

Esta superioridad ha resplandecido con indecible poder y, lo mismo que los grandes hechos de la historia, la nueva política colonial del Imperio alemán ha venido á encargarse de hacer la apología viviente de la grandeza y fecundidad civilizadoras del Catolicismo.

A esta preeminencia moral se junta el hecho de que la Alemania protestante casi no tiene misioneros. En el reciente congreso de Bremen convino un jefe del protestantismo en que, hasta hoy, la Iglesia evangélica no ha dirigido sus esfuerzos en ese sentido. Ahora se comienza á fundar, á ensanchar esa actividad; pero mientras no dispone el Gobierno de las fuerzas suficientes, y se ve en la necesidad de apelar ó á la Sociedad de Basilea, ó á las anglicanas. A nuestro juicio, sería patriotismo bien entendido el preferir á los extranjeros los indígenas. Alemania tiene muy á la mano religiosos, misioneros, apóstoles *alemanes*: los hay en la frontera de Holanda, en Steil, en Reichenau, Baviera; los hay diseminados en todas partes, en Inglaterra, en Austria, en Oriente. Son batallones listos para el combate, que marcharán á la primera señal. ¿No habrá llegado acaso la hora de sacrificar las leyes de mayo, con todo su aparato vetusto y decrepito, á las exigencias de la justicia y del patriotismo? Nunca más que ahora sería ocasión favorable para «trasformar el obstáculo en palanca,» según la costumbre del Sr. de Bismarck. Ya otras veces se ha hecho observar que una lucha civilizadora en las colonias ejercería una feliz influencia retroactiva sobre Europa, imponiendo á los hombres de Estado el deber de proteger, estimular y desarrollar la influencia religiosa, y hoy esperar también que la colonización volverá á abrir á las dispersas Congregaciones la puerta real, para hacer su entrada bajo la égida de las leyes y de las instituciones.

En efecto, Alemania no puede hacerse ilusiones; recurrir á los misioneros anglicanos ó suizos es correr grandes riesgos: el negocio pendiente aún del obispado evangélico de Jerusalem demuestra claramente que pue-

de llegar día en que los extranjeros sean un peligro para la influencia alemana. La lucha de las competencias nacionales se extiende de Europa á las colonias, en donde se ha de librar en no muy remoto porvenir el combate decisivo: ¿cuánto más necesario no es desde entonces el poder contar con auxiliares seguros, con patriotas leales y desinteresados? ¿Para qué implantar en Cameron ó en cualquiera otro punto influencias inglesas, cuando se puede disponer de influencias alemanas y patrióticas?

El príncipe de Bismarck ha reconocido esta lógica de los hechos: la jornada del 28 de noviembre pasado fué buena, y si no fué mejor, si no dió todos los resultados que se tenía derecho de esperar, es de creer que la victoria definitiva vendrá á coronar los primeros esfuerzos y esta justicia inicial.

LAS CAROLINAS.

Un oficial de marina que ha ido á la isla de Yap, hace la siguiente descripción de ella y de sus habitantes.

Mi apreciable amigo: Tras un viaje feliz desde Zamboanga, me tiene V. aquí desde el 4 del actual, un tanto aburrido por el alejamiento de toda civilización europea, y con ciertas zozobras respecto á las complicaciones alemanas; pero al fin no del todo disgustado, pues se me proporciona ocasión de conocer un país en el que sus habitantes gozan del estado más primitivo concebible en estos tiempos de exploración y de viajes de los europeos por los más recónditos parajes del globo.

LOS CAROLINOS.

El puerto donde fondeamos se llama Tomil, la población más importante de la isla de Yap. Sus habitantes que juzgo de raza igual á los del resto del Archipiélago, son malayos pero de un tipo bello, delgados, generalmente, pero esbeltos y bien formados, facciones muy regulares y expresivas, y en algunos casos las podríamos llamar guapas, destacándose sobre ellas grandes y hermosos ojos y nariz correcta. Lástima es que la boca y las orejas resulten deformadas, la primera por el uso del *betel*, y la segunda por dos grandes agujeros que en ellas se abren para colgar enormes zarcillos y rollos, hasta de una y dos pulgadas de diámetro. El color es bronceado, como el de los mulatos, y se pintan la piel en las piernas y brazos con dibujos de color oscuro más ó menos complicados. Dejan crecer el pelo, que es crespo, y lo recogen en un moño elevado sobre la coronilla, sujeto por una peineta de caña.

De ordinario no gastan otro traje que reducidos taparabos de distintas clases. Los hay de telas europeas, aunque son los menos, de tejidos groseros hechos por ellos mismos, con las fibras del plátano y del coco; á veces es más sencillo, pues se compone de un manojo de fibras secas cogidas en el árbol y atado á la cintura, sin cohesión alguna. Adórnanse el cuello con sargas de conchas, cuentas ó abalorios europeos, y muchos ostentan en brazos y piernas pulseras tejidas ó de conchas de carey, trabajadas toscamente por los naturales.

El traje de etiqueta sobre el fresco *matinée* que acabo de describir, es para estos sencillos carolinos cualquier prenda europea, que solicitan con ahinco.

LAS FAMILIAS REALES.

Los dos reyes principales de esta isla, su majestad Lino y su majestad Jalamock, como unos 30 años el primero y de unos 50 el segundo, visitaron al comandante del *Marqués del Duero*, pocos días después de fondeado. Su majestad Lino se había puesto sobre el traje nacional ya descrito, una levita de vestir, pero tan vieja y raída, que dudo yo pudiera figurar honrosamente en un tinglado de las *Américas*; y sin duda, de las *Américas* procedía, porque entendí había sido regalo de un misionero yankee. Al agosto monarca que responde al eufónico nombre de Jalamock, le hubiera tomado cualquiera de nosotros por un estanciero mejicano ó un mayoral de ingenio cubano, salvo el pantalón, de que no se veía rastro alguno, sin duda por no privarnos la contemplación de sus intrincados dibujos que adornaban sus piernas. Toda la coquetería europea de su majestad se redujo á cubrir el cuerpo con una chaquetilla de dril y con un sombrero de fieltro blanco la cabeza, por la que no ví asomar florón alguno como símbolo de la majestad régia.

Pero la novedad de la fiesta, quien dió realce á la solemnidad, fué S. A. R. el príncipe Jalamock, que se presentó junto á su padre, todo arrogante y placerero, ostentando un *complet* á la europea. ¡Pero qué traje! Pantalón á media pierna, chaleco y levita de dril á cuadros blancos, azules y encarnados, camisa blanca y ¡¡corbata!! También llevaba en la mano un sombrero de seda de los que toman los areneros de Madrid por una espuerta de arena del campo del Moro, pero sin duda para no deshacer el peinado, no tuvo por conveniente cubrirse antes, durante, ni después de la visita régia. Por supuesto, que al siguiente día ví á S. A. en traje nacional. Las gentes de la comitiva de su majestad, desde los mayordomos mayores y gentiles hombres, hasta los más modestos guardias, no añadieron al tapa-rabos ni un hilacho, sin duda en prueba de patriotismo.

LA MUJER CAROLINA.

He visto muy pocas mujeres y aún éstas casi por sorpresa. Antójase que los europeos, nuestros predecesores en la explotación de estas comarcas, han correspondido con desengaños á su primitiva candidez, porque se recatan y esconden como huyendo del enemigo. Las que he podido ver de cerca son, dado el tipo, bellísimas; usan sólo una especie de tonelete que les cubre desde la cintura hasta las rodillas, formado con tela de las mismas materias que los tapa-rabos masculinos. Adornan también sus pies y sus brazos con brazaletes; el pelo, que es bastante largo, lo llevan con una raya en medio y cogido en la nuca.

La misión que la mujer desempeña en esta sociedad, se parece mucho á la de algunas de nuestras provincias del Norte y Oeste de la Península, aunque por diversa causa. No son muchas aquí las faenas agrícolas, porque se cultiva poco el terreno; pero todo trabajo en el campo está encomendado á la mujer, mientras el hombre que no tiene por estas comarcas las preocupaciones de la guerra, que no hacen nunca, ni de la caza, que no ejercen, pasa la vida en la mayor indolencia.

Son tan pacíficos estos habitantes, que ordinariamente no gastan armas, ni conocieron otras más que unas lanzas de madera de palma, coco ú hongo con puntas de caña aguzada y puñales también de caña, hasta que los europeos les enseñaron el uso de fusiles, tercerolas, pistolas y revolvers, armas por lo general más ineficaces en sus manos que las primitivas, puesto que las inutilizan por la torpeza en manejarlas, sobre que muy pronto consumen en estériles pruebas los respuestos de municiones de que siempre andan exhaustos.

No conocen ni las flechas y los arcos, ni los escudos y rodela, tan comunes entre las tribus de la Oceanía.

LA ISLA.

No puedo precisar su extensión-superficial, aunque juzgo que no excede de cuatro ó cinco leguas cuadradas. Su población es bastante densa, á juzgar por la multitud de casitas sembradas por doquiera y la frecuencia con que se encuentran pueblos y aldeas de escaso vecindario, es verdad, pero muy pintorescos y alegres.

El terreno es ligeramente accidentado por pequeñas eminencias que aumentan su belleza. Casi toda la superficie está cubierta de palmeras, cocoteros y otros árboles tropicales que forman las más agradables perspectivas; en cambio se ven muy pocos campos cultivados, generalmente de pequeñas dimensiones y en deplorable abandono. Apenas se cultiva más que la calabaza, el camote, el gabe y algun otro tubérculo análogo, que constituyen la base de alimentación para estos habitantes.

LOS CAMINOS.

Una de las grandes sorpresas que todos hemos sufrido, es el estado de los caminos. No puede V. darse una idea del esmero con que están hechos y cuidados. Puede asegurarse que todo grupo de población y toda casa aislada tiene excelente comunicación con el resto de la isla, por medio de buenos caminos, trazados con alguna inexperiencia respecto á la línea, pero con gran conocimiento de la rasante. Abiertos á través de los bosques, siguen generalmente direcciones muy tortuosas, pero salvan con regular acierto las accidencias por medio de terraplenes, muros de contención y puentes de mampostería ó de madera, en perfecto estado de conservación. No son muy anchos, pues apenas miden como máximo tres metros, habiendo muchos que no pasarán de la mitad; pero en cambio se encuentran todos empedrados con cantos rodados que hacen un firme permanente. Más que caminos parecen paseos cubiertos por la frondosidad de una vegetación exuberante, hallándose de cuando en cuando, á ambos lados, cobertizos y bancos cómodos para reposar de las fatigas del viaje.

Es un encanto continuo andar por estos caminos siempre á la sombra, con un ambiente fresco, y para nosotros, extranjeros en estos pedazos de tierra española, la alegría es mayor, al vernos constantemente acompañados en ellos por enjambres de chiquillos de ambos sexos, muy respetuosos y alegres, muy serviciales, y también muy pediguños.

En la construcción de casas como en la de caminos, se hallan bastante adelantados. Para levantarlas, comienzan por preparar una explanada con los muros verticales de 1'50 á 2'50 metros de altura, con rampa ó escalinata para subir. Sobre esta explanada maciza, levantan los piés derechos, troncos muy gruesos de coco, en cuyo remate descansa el tejado con gran inclinación, en el que la teja se vé sustituida á semejanza de la clásica barraca valenciana, por fibras secas de coco. El perante ó cartabon del caballete que se prolonga como guarda-aguas, está cerrado por una encañada, y los tabiques exteriores por unos tejidos de caña á manera de cortinas, que suben y bajan; es decir, como las persianas de junco muy generalizadas en Europa.

Esta casa sirve únicamente para dormir ó guarecerse de las inclemencias del tiempo, pues para los demás usos de la vida, y especialmente para guisar y comer, cada familia tiene otra contigua más reducida. Las visitas suelen recibirse á la puerta, al aire libre, en una especie de estrado formado con piedras caprichosamente talladas.

El ajuar de la familia es por demás sencillo y primitivo. Esterillas de breves dimensiones que sirven de cama; estacas enclavadas en los postes para colgar objetos, algun baul ó caja vieja europea donde guardan las cosas propias; hé aquí todo. Todo, no, el mueble más estimado, y sobre todo, más indispensable para gentes que van en cueros y en una isla en que por la noche desciende bastante la temperatura, es un hogar de piedra colocado entre dos esterillas, y en el que se mantiene durante toda la noche un brasero de cáscaras de coco.

LA ALIMENTACION.

Como he dicho antes, la base de la alimentación la constituyen las plantas tuberculosas, unas medio cultivadas, como el camote y el gabe (especie de patata dulce), y otras silvestres como el lack y el zoo. Las cuecen en cazuelas de barro colorado que ellos mismos fabrican y que cubren con tapaderas de hojas de plátano, coco, etc. Beben casi exclusivamente agua de coco, así que no les hacen falta pozos, manantiales ni rios y sí sólo algunas charcas para el agua de cocinar.

Usan poco pescado, sin duda, por no tomarse el trabajo de cogerlo, y en cuanto á la carne no me parece que la estiman en mucho, pues á pesar de tener gallinas y cerdos, las primeras andan por los bosques en estado casi salvaje, y los segundos, aunque muy cuidados y bien alimentados de cocos, los venden por lo general á los extranjeros.

Estas condiciones nos proporcionan recursos que no esperábamos. Los habitantes nos traen á bordo de los barcos huevos, pescados y mariscos, gallinas, cerdos, algunas verduras y frutas, y nosotros, especialmente los oficiales de Marina, matamos en nuestros paseos alguna que otra pieza de caza.

EL COMERCIO.

Como aquí no se conoce la moneda ¡feliz país! todas las transacciones se reducen al *mútuo*, ó cambio de productos. Hé aquí algunos datos para apreciar el valor de

las cosas más necesarias á la vida: Una ó dos libras de pescado y cantidades análogas de otros comestibles cuestan *cuatro ó seis cigarrillos de papel* ó un par de cigarros puros. Para dar un cerdo de seis ó siete arrobas de peso, un carolino se considera bien indemnizado con una prenda de vestir vieja, una camiseta, un par de calzoncillos ó un pantalon blanco de dril.

LA MARINA CAROLINA.

No conocen estos isleños otro medio de locomoción marítima, que unas canoas hechas de un solo tronco de árbol, elegantemente trabajado, largo y estrecho, con una plataforma de caña en la popa, para colocarse la gente, y un balancín á proa para guardar el equilibrio. Las velas son de estera hecha con la fibra del coco, y con estos frágiles atavíos hacen travesías de muchas leguas entre las islas del Archipiélago. Usan también cuerdas muy bien trabajadas y de varios gruesos, con la socorrida fibra del coco.

LA VIDA SOCIAL.

Entregado el carolino á la más dulce y embriagadora holganza, pasa el día y parte de la noche tendido en la mayor indolencia, y acariciando sin cesar el *bolallo* (tabaco para mascar) ó en interminable charla con sus conciudadanos. Para esto la costumbre ha creado aquí una institución que no es lo menos curiosa en esta sociedad casi primitiva. Me refiero á los casinos ó clubs, en estado incipiente, que casi todos los grupos de población poseen.

Es una casa la más grande y mejor construida del pueblo, sin otro mobiliario que unas sillas de piedra con respaldo, bastante incómodas para los europeos por la poca base del asiento, y que generalmente se colocan en semicírculo formando un estrado.

Hay en él un lugar preferente para el rey, que es el primer socio de todo casino; porque SS. MM. carolinas (en esta isla solamente hay dos, según nos han dicho), no se desdeñan departir amigablemente con sus súbditos y aún con los forasteros, sin petición previa de audiencia, cambiando con ellos frecuentemente sendos trozos de bullo ó de betel, mientras las hembras de la real familia preparan prosaicamente la comida, ó entrecavan las patatas.

Es de advertir que todo carolino en la plenitud de sus derechos no sale de casa ni da un paso por la isla, sin llevar consigo una especie de maleta cesta, hecha con filamentos de plátano, y que guarda *los avios* de fumar el bullo ó betel y los avios para hacer fuego.

EL TESORO CAROLINO.

No es aquí conocida, como he dicho, la moneda acuñada; ni los carolinos comprenden todavía su utilidad; pero sí no como instrumento de cambio, tienen como signo de riqueza más bien mueble que mobiliario, unas á manera de piedras de molino, á las que dan inestimable valor. De composición análoga á las de afilar cuchillos, han de ir á buscarlas á unas islas próximas, arrancarlas de las canteras y trabajarlas en forma de rueda con un orificio central, tomando quizá su valor, sólo por el gran cúmulo de esfuerzos que es necesario hacer para adquirirlas. Una vez en posesión de ellas, son sujetadas á la pared de la casa exteriormente, y de

ese modo la familia puede envanecerse de que todo transeunte, al pasar frente á la vivienda, sabrá que en aquella casa se posee un tesoro. Verdaderamente, para unas gentes que ponen todo su lujo en el tapa-rabos, se explica que se juzguen poderosas con la posesión de una rueda de molino. A más de un pueblo de Europa le sucede algo análogo y se dice, sin embargo, muy civilizado.»

Propaganda inglesa.

Las estadísticas recién publicadas sobre el dinero recogido por medio de suscripciones en Inglaterra para gastos de culto y propaganda del protestantismo, arrojan cifras asombrosas. Durante los últimos veinte y cinco años, las suscripciones públicas recoletadas por dicho concepto han ascendido á 8,100 millones de reales. En la distribución de esta enorme suma figuran los siguientes capítulos: Para propaganda del protestantismo en el extranjero, 1,000 millones; para gastos de educación, 2,100; para construcciones y reparación de templos, 3,500 millones. Estas cifras bastan para revelar la fuerza del espíritu religioso y propagandista de los ingleses. Según las mismas estadísticas, hay actualmente en el Reino Unido, iglesias, templos y capillas pertenecientes á 253 religiones y sectas distintas. En la lista oficial figuran, entre otras no menos originales, las siguientes denominaciones de sectas que tienen lugar de reunión propia: Creyentes en la divina visita de Juana Southcote, profetisa de Exeter, psicólogos de Blackburu, cristadelfianos, israelitas-cristianos, miembros de la iglesia popular, eclécticos, aleluyistas, hosanistas, humanitarios, antipolígamos, mormones, espiritulistas, originales (*peculiar people*), peregrinos, positivistas, progresionistas, providencialistas, seculares, swendemborgianos, trinitarios, antisectarios, etc.

Madagascar.

El célebre portugués, Diego Suarez, descubrió esta isla en 1503 y la llamó la isla de San Lorenzo. El francés Flacourt, que dirigía y gobernaba las factorías allí establecidas en el siglo XVII, la apellidó la Francia Oriental; los indígenas la llaman Hiera-Bé (Gran Tierra) y, finalmente, los geógrafos acabaron por designar esta isla con el nombre de Madagascar por llamarse sus habitantes Madecasses ó Malgaches.

Distante 400 kilómetros del continente africano y unos 600 de la isla de la Reunion, la isla de Madagascar tiene una anchura aproximada de 550 kilómetros, y si se traza una línea de Norte á Sud, esto es, desde el Cabo Ambar al de Santa María la distancia es de 1,450 kilómetros.

El puerto de mayor importancia en la costa Oriental es Tamatave, ciudad de 7,000 habitantes y cuyo movimiento crece gracias á partir de ella excelente carretera que la pone en comunicación directa con Tananarive, capital de la isla. El mercado de Tamatave es bastante importante, encontrándose en él bueyes, aves de corral, frutos, telas americanas, etc.

Majunja es el puerto de más movimiento de la costa occidental y dista unos quince días de Tananarive. Por su puerto, ocupado hoy por los franceses, se exporta arroz, sal, sebo, salazones, etc. El comercio de este puerto se puede decir que está en manos de los ingleses.